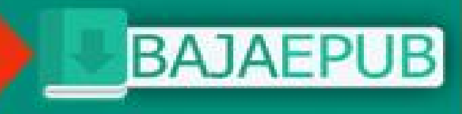


Juan Muñoz Martín

El pirata Garrapata



Garrapata era un hombre feroz y barrigudo que tenía una pata de palo y un garfio de acero en vez de mano. Era el terror de Londres. Tenía la nariz gorda y colorada como una berenjena. Pero, en el fondo, Garrapata no era una mala persona. Ni él ni sus compinches, Carafoca, el Chino, Chaparrete… El pirata Garrapata es una divertida historia de aventuras. Una historia llena de humor y desenfado, simpática y disparatada.



Juan Muñoz Martín

El pirata Garrapata

El pirata Garrapata - 1

ePub r1.0

Readman 03.02.16

Título original: *El pirata Garrapata*
Juan Muñoz Martín, 1982
Ilustraciones: Antonio Tello
Diseño de cubierta: Readman. Basado en un original

Editor digital: Readman
Editor digital original: Narukei
ePub base r1.2

A mis dos hijos, Juanín y Joaquín, y a todos los niños que sueñan con tesoros, piratas y princesas… porque existen.

1. Garrapata - La taberna del Sapo Verde - Chaparrete - El «Salmonete»

GARRAPATA era un hombre feroz y barrigudo que tenía una pata de palo y un garfio de acero en vez de mano. Era el terror de Londres. Tenía la nariz gorda y colorada como una berenjena y la cara picada de viruelas. Le faltaba media oreja y llevaba un parche negro para taparse un ojo de cristal. Por lo demás, no era demasiado feo. Vivía escondido en una alcantarilla y sólo salía por las noches a las tabernas del puerto, llenas de forajidos como él. Casi siempre iba a la taberna del Sapo Verde, que tenía siete puertas, para poder huir en caso de peligro. Era el mejor jugador del puerto. Jamás perdía. Y si perdía, pegaba cuatro tiros al que le ganaba. Bebía mucho ron, ginebra y aguardiente, pero nunca se emborrachaba. Sólo algunas veces lo hacía con gaseosa.

La taberna del Sapo Verde estaba en una callejuela. Aquella noche, Garrapata estaba jugándose las pestañas con cuatro individuos de mala catadura. Iba perdiendo una bolsa de dinero cuando se levantó, tiró la mesa patas arriba, dio un puñetazo a un jugador y le puso la cara del revés.

—¡Toma, por tramposo!

El jugador sacó una navaja. Garrapata empuñó la pistola, le sacó brillo con el pañuelo, y de un pistoletazo lo dejó tieso en el suelo.

—Me han matado —dijo el hombre; y estiró la pata.

Garrapata sacó una carta del zapato del muerto, enfundó la pistola y se sentó tranquilamente en una mesa. El posadero metió al muerto en un saco y se lo llevó. Los hombres de las mesas siguieron bebiendo y uno dijo:

—¡Qué tío! Lleva ocho muertos esta semana.

—Eso no es nada.

—¿Por qué?

—Porque la otra semana liquidó a dieciséis.

En ese momento, un abrigo negro dio un puntapié a la puerta y fue a sentarse junto a Garrapata. El abrigo llevaba una gran bufanda y un sombrero negro de ala ancha. Por debajo se veían solamente unos zapatos.

—Buenas noches, Garrapata.

—¿Quién es usted? —dijo Garrapata.

—Un desconocido.

—Entonces, mucho gusto en conocerle.

—¿Jugamos una partida? —dijo el abrigo.

—¿Al mus? ¿A las siete y media?

—A las ocho.

—Está bien. ¡Posadero, una barajaaa…!

El posadero trajo la baraja, un barril de ron y dos vasos. Garrapata puso el revólver encima de la mesa y el desconocido dijo:

—Muertos no, honorable Garrapata.

Una multitud de curiosos se reunió alrededor, ávidos de ver otro muerto. El posadero preparó el saco. Garrapata disparó al aire y los curiosos salieron corriendo por la puerta.

—Gracias —dijo el abrigo.

—De nada —dijo Garrapata.

—¿Sabe quién soy?

—Sí. El jefe de policías y ladrones, lord Chaparrete.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por la nariz.

—¿Qué le pasa a mi nariz?

—Que es más larga que un día sin pan.

El desconocido se quitó el sombrero y quedaron al descubierto una nariz de tres palmos y dos ojos pequeñitos como cabezas de alfiler.

—¡Qué feo es usted, caramba! —dijo Garrapata—. ¿Por qué es tan feo?

—Para asustar a los ladrones.

—Pues a mí no me asusta.

—Porque usted no es un ladrón vulgar, usted es el hombre más criminal y más osado de Londres.

Lord Chaparrete era alto y huesudo como un espantapájaros. Sacó un cuadernillo y un lápiz y preguntó:

—Garrapata, ¿cuántos muertos lleva con el de esta noche?

—Cuatrocientos quince.

—¿Cuántos heridos?

—Ninguno. Yo al que mato no se levanta.

—¿Cuántos robos?

—Trescientos veintisiete.

—¿Cuántas bofetadas?

—Tres mil ochocientas dos.

—¿Alguna cosilla más?

—Sí. Una patada en el trasero a un guardia de la porra.

—Está bien, sumemos.

El hombre echó la cuenta en el cuaderno y exclamó:

—¡Cuatro mil quinientos cuarenta y seis!

—Cuatro mil quinientos cuarenta y cinco. No exagere… —dijo Garrapata.

—Es la propina. ¿Quiere poner aquí debajo las huellas animales?

Garrapata mojó la mano en vino y la plantó en el cuaderno.

—¿Le pongo el pie también?

—No, basta con la mano —dijo lord Chaparrete. Y añadió—. ¿Sabe lo que le digo?

—No, no lo sé.

—Pues que es usted el hombre que busco. Un hombre feroz, sanguinario, ladrón, astuto, criminal, bruto, cojo, tuerto, picado de viruelas y con un gancho tan horrible como el suyo.

—Hombre…, gracias. ¿Y para qué quiere una fiera tan corrupia?

—Para hacerle capitán de un buque pirata.

—¿De qué buque?

—Del *Salmonete*.

—¿Cuál? ¿Ese buick que está anclado en el puerto?

—Sí. El mismo.

—¡Pero si ya tiene capitán!

—Le mataremos y usted ocupará su puesto.

—¡Pero si yo no he visto un buque en mi vida!

—No importa. Usted tiene su pata de palo, su gancho, su ojo de vidrio… ¡Será un pirata estupendo!

—¡Pero si yo no sé nadar, y además me mareo en seguida!

—No importa. Aprenda en la bañera de su casa.

—No tengo. Además, ¿cómo se conduce el barco?

—Con el timón.

—¡Pero si yo no sé ni qué es eso!

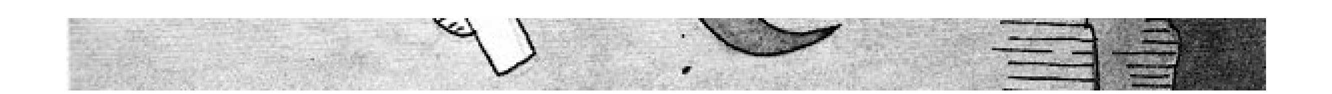
—¡Ya aprenderá! Aquí tiene varios libros: *Cómo navegar en un día de tormenta, Cómo no darse cacharrazos con los otros barcos*…

—¿Y si, a pesar de todo, nos los damos?

—Para eso, aquí tiene otro libro estupendo: *Cómo echarle un parche a un barco en alta mar*.

—Está bien. Pero ¿y qué saco yo de todo esto?
—El cinco por ciento de lo que robemos.
—¿Es que va a ir usted también?
—Sí. Yo iré de contramaestre.
—¿Y eso qué es?
—No lo sé, pero ya lo aprenderemos.
—Y el cocinero, ¿de dónde lo sacamos?
—Lo robaremos.
—¿Y los marineros?
—Los robaremos también.
—Está bien. ¿Cuándo empezamos?
—Mañana mismo. Nos encontraremos en la taberna del Chino.
—¿A qué hora?
—A las doce de la noche.





2. El tonto de Carafoca - La caza del cocinero - Una bandera en el puchero

LORD CHAPARRETE desapareció y Garrapata, muy preocupado, se fue a dormir a su alcantarilla. Allí le esperaba su amigo Carafoca, un hombre sin nariz, bajo y regordete, con unos bigotes y una cara tan inexpresiva como una foca.

—Hola, Carafoca.

—Buenas noches. ¿Qué tal he hecho el muerto hoy en la taberna?

—Muy bien, pero te has caído antes de que sonara el tiro.

—Es verdad...

—Oye. ¿Cuántas veces te he matado ya?

—Cuatrocientas. Y cada vez me muero mejor.

—Sí. Pero ¿sabes que estoy metido en un lío? —dijo Garrapata.

—No. ¿Qué lío?

—Pues que como todo el mundo cree que soy un criminal, el jefe de policía quiere convertirme en un pirata.

—¡Qué emocionante!

—¿Emocionante? Pero si yo no sé matar ni robar..., y, lo que es peor, no sé nadar ni he visto un barco por dentro en toda mi vida.

Los dos hombres se echaron a dormir, mientras miles de policías pasaban por encima de la alcantarilla buscándolos, y miles de ratones les roían los zapatos.

Al día siguiente se dirigieron a la taberna del Chino. Eran las doce de la noche. Chaparrete se acercó a Garrapata y le dijo:

—¡Buenas! ¿Quién es éste?

—Carafoca. Es de confianza.

—¿A cuántos ha matado?

—A ciento ochenta y tantos.

—No está mal. Mucho gusto, Carafoca.

—El gusto es mío, milord.

—Lo primero que vamos a hacer es buscar un cocinero.

—Buena idea. Comer es lo primero.

—¿Les gusta la comida china?

—No, no la puedo tragar.

—¿Por qué?

—Por las chinas.

—Pues se aguanta. Entremos en la taberna del Chino.

Entraron en la taberna. Estaba casi a oscuras. Un chino estaba haciendo una paella en la cocina; llevaba una larga coleta y un kimono.

—¡Qué mono! —dijo Carafoca tirándole de la coleta.

—¿Qué quielen los señoles?

—Nalanjitas y limones —dijo Carafoca, dándole con el rodillo de la cocina en la cabeza.

—¡Madle mía, qué galotazo! —dijo el chino cayéndose al suelo.

Garrapata lo metió en un saco y cargó con él. Aprovechando la noche lo llevaron a la bodega de la taberna del Sapo. Luego, el jefe de policía dijo:

—Vamos por el barco.

—¿Dónde está?

—Al final del puerto.

Los tres hombres corrieron sigilosamente hasta donde estaba el barco, reparando una avería en la quilla. Todo estaba tranquilo. En la oscuridad se veía un buick como de cuatrocientas cincuenta toneladas, con tres palos y las velas recogidas. En la cangreja ondeaba la bandera de Su Majestad Británica. Iba bien armado, con tres cañones en la proa, dos a popa, siete a babor y otros siete a estribor, que podían disparar balas de diez o doce libras, a una distancia de cinco millas. Una escala de cuerda pendía de un costado del buque.

—¿Por dónde subimos? —preguntó Garrapata.

—Por esa escala —replicó Chaparrete.

—¿Y si me rompo las narices?

—Le presto las mías —exclamó lord Chaparrete.

Garrapata comenzó a gatear por la escala, pero, al ir por la mitad, ésta se rompió y Garrapata se dio un morrón contra el suelo.

—¡Vaya birria de escalera! Cuando yo sea capitán pondré una de piedra.

—¿Por dónde subimos ahora? —dijo Carafoca.

—Por la cadena del buque.

—¿No se romperá?

—No creo.

Los tres hombres treparon por la cadena silenciosamente, pero, al llegar arriba, Carafoca se resbaló y se cayó de cabeza al agua.

—¡Socorroooo! ¡Que me ahogooo!

—¡Majadero! Agárrate a la cadena del ancla y no grites.

Carafoca trepó de nuevo por la cadena.

Los tres hombres se encaramaron por el espolón y entraron en el buque.

Todo estaba oscuro. Pasaron el puente y se asomaron a la puerta del sollado. Una luz tenue se veía al fondo de la escalera, donde se hallaba el camarote del capitán Picatoste.

Se oyó un ruido apagado como si alguien subiese de puntillas; los tres hombres contenían la respiración. De pronto, unas garras se clavaron en la garganta de Carafoca, que cayó hacia atrás dando gritos sofocados:

—¡Zape, zape! ¡Demonio de gato! ¡Fuera!

Los tres hombres, repuestos del susto, bajaron las escaleras y se asomaron por una ventanilla iluminada. Vieron a dos hombres inclinados sobre un mapa.

—¿Quiénes son? —preguntó Garrapata.

—El capitán Picatoste y su segundo, un tal Calzadilla.

Los tres hombres abrieron despacio la puerta y, acercándose de puntillas con dos sacos abiertos, en un abrir y cerrar de ojos metieron en ellos a los dos oficiales.

—¿Los matamos? —dijo lord Chaparrete.

—No. Los pondremos «en conserva».

Garrapata les dio un golpe con el rodillo de la cocina. Los llevaron luego entre los dos a la despensa y los encerraron con llave. Recorrieron el barco de cabo a rabo y no encontraron un alma. El barco estaba ya reparado, pero las bodegas estaban vacías. La tripulación, en su mayor parte, se había repartido entre otros barcos de guerra, que habían salido para luchar contra Francia. El resto de la tripulación estaba de permiso en la ciudad mientras acababan de reparar el barco.

Los tres hombres volvieron al camarote, rebuscaron por los armarios y encontraron el diario de navegación. La fecha de salida estaba fijada para dos días después, a las doce de la mañana. Había que buscar hombres para completar la tripulación y llenar la bodega de víveres.

—Lo primero es encontrar una bandera de piratas —dijo Carafoca revolviendo los baúles del capitán.

—Pues aquí sólo hay toallas y calcetines —dijo lord Chaparrete.

—¿Hay alguna sábana? —preguntó Garrapata.

—Sí, aquí hay una.
—Estupendo; la pintaremos de negro.
—¿Con qué?
—Con tinta china.
Buscaron tinta china y no la encontraron.
—Vete a la cocina y trae una caja de betún —dijo Chaparrete.
Carafoca buscó en la cocina, pero allí no había más que polvo, un soplillo y un paquete grande de pimentón.
—¿La pintamos con pimentón?
—¡Ni hablar! Tiene que ser una bandera negra.
—Se me ocurre una idea —dijo Carafoca.
—¿Cuál?
—Pescar un calamar.
—¿Para qué?
—Para cogerle la tinta. Como es negra, servirá.
—Es verdad. ¡Estupendo!
Carafoca corrió a cubierta, buscó un sedal, lo cebó con un poco de tabaco de mascar y lo echó al mar. Al rato bajó corriendo muy contento y gritó:
—Ya está el calamar.
—¡Pero si eso es un besugo! —gritó Chaparrete.
Después de muchas tentativas, Garrapata trajo un hermoso calamar. Lo cocieron bien y metieron la sábana en el puchero. Quedó más negra que el carbón, pero olía que apestaba.
—Ahora hay que pintar un esqueleto en medio —dijo Garrapata.
—Basta con una calavera —exclamó míster Chaparrete.
—¿Y con qué la pintamos?
—Con tiza.
Pintaron en medio del lienzo una calavera feísima con unos dientes muy largos y unos huesos torcidos.
—¿Le ponemos bigotes? —dijo Carafoca.

—Sí, es buena idea —dijo míster Chaparrete.

Guardaron la bandera en un baúl, bajaron del barco y se dirigieron a la ciudad.

—Vamos a cazar marineros —dijo Garrapata.

Míster Chaparrete tocó con fuerza un silbato y cinco o seis policías acudieron presurosos.

—A sus órdenes, míster Chaparrete.

—Venid conmigo.

Todos juntos fueron a la taberna del Sapo, que estaba llena hasta el tejado de hombres bebiendo vino.

3. ¡Hombre al saco! - Aspirinas en aceite - Los billetes falsos - El almirante Pescadilla - La hermosísima Floripondia

CHAPARRETE se acercó a un hombre, abrió el saco y dijo:

—¿Has visto lo que hay en este saco?

—No.

El hombre asomó los hocicos, y Garrapata, de un empujón, lo metió dentro. Así cazaron más de una docena de incautos. Los policías de Chaparrete los llevaron al barco.

—Metedlos en la bodega —ordenó Chaparrete.

—Vamos por más —dijo Garrapata.

Un hombre estaba fumando en una esquina. Carafoca le dijo:

—Si te tiras de cabeza contra esa pared te doy diez céntimos.

—¡Vaya cosa! —y el hombre se tiró contra la pared y quedó sin sentido.

—Metedlo en el saco y vamos por más.

En una noche reunieron cuarenta hombres.

—Ahora vamos por un médico —dijo Chaparrete.

—Iremos por el doctor Cuchareta.

El doctor Cuchareta vivía en una casucha junto a la torre de Londres. Estaba ya en pijama para saltar a la cama cuando sonaron unos golpes tan fuertes que se cayeron varios frascos al suelo.

—¿Qué quieren a estas horas? —gritó asomándose a la puerta de la calle.

—Medio kilo de aspirinas en aceite.

—Sólo las tengo en vinagre.

—Pues ¡tome!, ¡chupe del frasco! —dijo Garrapata dándole con el rodillo en la cabeza.

—Metedlo en el saco.

Cargaron luego en un carro las medicinas, los armarios, la cama y hasta la mesilla de noche.

—¿El palanganero también?

—No. En el mar no hace falta lavarse.

Por el camino encontraron a un hombre que estaba sentado en una plaza mirando al cielo con un telescopio. El hombre movía la cabeza desesperado. Garrapata se acercó y le preguntó cortésmente:

—¿Qué le ocurre, milord?

—Que hay mucha niebla y no se ve nada.

—¿Quiere ver las estrellas?

—Sí, quisiera ver las estrellas.

—Pues, ¡tome!

Garrapata le dio tal porrazo con el rodillo, que el pobre hombre vio las estrellas, los satélites y los cometas. Luego, lo cargó en el carro con telescopio y todo y dijo:

—Ya tenemos vigía.

Al día siguiente Chaparrete quiso llenar la bodega de víveres. Acompañado de sus dos amigos llegó a una tienda de comestibles. Sacó un fardo de billetes falsos y dijo:

—Póngame la tienda entera.

El hombre llenó veinte cajones de chorizos, jamones, garbanzos, latas de sardinas y mil cosas más. La tienda

quedó vacía.

—¿Le pongo la balanza también? —dijo el hombre.

—Sí, señor, y el mostrador.

En la tienda del verdulero pasó lo mismo.

—Quiero patatas para tres años —dijo Garrapata.

El verdulero llenó la bodega del barco y recibió un saco de billetes falsos. Mientras tanto, el puerto estaba lleno de actividad. Había muchos barcos que cargaban y descargaban mercancías. El muelle estaba repleto de naranjas, plátanos, gallinas…

—«Afanad» lo que podáis —ordenó Garrapata.

El puerto quedó desplumado. Los obreros embarcaban en el *Salmonete* carros y más carros de provisiones. De vez en cuando, Garrapata les tiraba una bolsa de dinero para que trabajaran más a gusto. En la bodega, Garrapata había montado una máquina de hacer billetes falsos y tenía una habitación llena. Por la tarde llegaron los marineros que estaban de permiso.

—¿Dónde está el capitán Picatoste? —preguntaron.

—En el hospital.

—¿Y qué le pasa?

—Tiene el sarampión.

—¿Y quién será nuestro capitán?

—Yo —dijo Garrapata.

—¡Vaya facha que tiene! —murmuraron entre sí.

—Bebed, bebed a mi salud —ordenó Garrapata.

Los marineros tomaron por su cuenta unos barriles de ron, y a la media hora estaban durmiendo la mona.

Por la noche el buque estaba preparado, y las bodegas repletas de víveres, municiones y pólvora para tres años.

—¿Falta algo? —preguntó Garrapata.

—Sí. Un herrero y un carpintero.

Carafoca fue a cazarlos al puerto. A medianoche, unos gritos y pataleos anunciaron que la cacería había tenido

éxito. Con una polea izaron dos sacos. De uno salió un magnífico ejemplar de carpintero, con un serrucho en la mano. Del otro, un enorme herrero con su yunque y su martillo. Al amanecer, Garrapata, Chaparrete y Carafoca se lavaron con un dedo y Garrapata gritó:

—¡Que venga lord Agujeta!

El sastre llegó con su metro y sus tijeras.

—Trae corriendo los trajes de los oficiales prisioneros —ordenó Garrapata.

—Pero, señor, si los tienen puestos…

—¡Pues que se los quiten!

El sastre llegó con los tres trajes.

—Arréglalos para nosotros en un periquete.

—No da tiempo.

—Pues, como tardes, te corto la nariz con tus mismas tijeras —rugió Garrapata.

A la media hora estaban preparados. Los tres hombres se vistieron de repicapunta y se armaron hasta los dientes.

—Cerremos la llave de la armería —dijo Carafoca.

Rodeados de los cinco policías, bajaron a la bodega.

—Desatad los sacos —ordenó Chaparrete.

Los hombres que habían cogido en la taberna salieron de su encierro, doblados como pescadillas.

—¡Formad en cubierta!

Los antiguos marineros, medio borrachos, formaron en seguida. Los nuevos subieron dando patadas en las paredes. El chino lloraba.

—¡Yo quelo ilme de aquí!

El doctor Cuchareta cogió su maletín, hizo una gran reverencia y, quitándose el sombrero, dijo:

—Hasta luego. Voy por tabaco.

Carafoca lo agarró del brazo y lo puso en su sitio.

—¡Vestíos de marineros! —ordenó Carafoca.

Chaparrete repartió camisetas con rayas coloradas, y un gorro.

—¿Y los zapatos? —dijo Cuchareta.

—No hay zapatos —respondió Garrapata.

—¡Pues vaya olor a quesos!

Garrapata se subió a un tonel y gritó:

—¡Marineros, yo soy vuestro capitán!

—¡Hurra! —gritaron todos.

—¿Juráis obedecerme?

—Sí, hasta la muerte.

—El que no quiera seguirme, que se marche.

Los marineros dieron media vuelta y se dirigieron en tropel a las escaleras. Carafoca sacó la pistola y gritó:

—¡Cada uno a su puesto, o lo dejo frito!

Garrapata, con lágrimas en los ojos, dio las gracias a todos por quedarse voluntariamente en el barco. Luego presentó a su segundo, Carafoca, y al contramaestre, Chaparrete.

—Y ahora, a trabajar.

Unos marineros comenzaron a limpiar el barco con unos cubos de agua, jabón y estropajo; otros tensaban las cuerdas; otros sacaban brillo a la cadena del ancla. A las doce ya estaba el barco dispuesto para zarpar. Garrapata, en su camarote, estudiaba nerviosamente un libro muy gordo con las instrucciones para echar a andar el barco. En el puerto había una animación enorme. La gente se había ido apiñando alrededor del buque para verlo partir. Algunas mujeres lloraban y chillaban al ver que se llevaban a sus hijos y a sus maridos a la guerra. A las once de la mañana, las bandas de música atronaron el espacio y se oyó una salva de cañonazos.

—¿Qué pasa? —dijo Garrapata temblando.

—Tenemos visita —contestó míster Chaparrete palideciendo, mientras observaba con el telescopio una

comitiva que venía entre la muchedumbre del puerto.

—¿Quién será?

—¡Atiza! ¡El almirante Pescadilla!

—¿Y a qué vendrá?

—A pasar revista antes de partir.

—Yo me voy a mi pueblo —dijo Garrapata.

—Ya es tarde, están llegando.

En efecto, unas cuantas carrozas se paraban frente al barco, y de ellas descendían el almirante Pescadilla y muchos oficiales con casacas de galones dorados y grandes sombreros llenos de plumas.

—Yo me tiro de cabeza al agua —dijo Garrapata.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Por qué?

—Porque no sabes nadar.

—¡Es verdad! Y ahora, ¿qué hacemos?

—Largarnos con el barco antes de que suban.

—¡Ya están subiendo!

—Entonces, a formar.

—¡A formar! —gritó míster Chaparrete poniéndose los zapatos y el sable a toda prisa.

Los marineros formaron sobre cubierta y los músicos tocaron el himno del *Salmonete* a bombo y platillo.

El almirante Pescadilla llegó a la cubierta echando los bofes. Era un hombre menudito y miope que miraba a través de gruesos cristales.

—¡A sus órdenes, almirante! —dijo Garrapata poniéndose más tieso que el mástil.

El almirante le miró de arriba abajo con su monóculo, y, como era tan corto de vista, le confundió con Picatoste.

—¡Caramba! ¡Cómo habéis crecido, querido Picatoste!

—Es que tomo pelargón todos los días —dijo Garrapata disimulando.

El almirante empezó a recorrer el barco seguido de sus oficiales. Como no veía tres en un burro, se dio de narices contra una puerta, pensando que estaba abierta. Al pasar junto al palo mayor le dio un abrazo, creyendo que era un marinero amigo suyo.

—¡Hola, Pascasio! ¿Qué haces tú por aquí?

—Señor, no es Pascasio. Es el palo mayor.

—¡Caramba! ¡Qué distraído soy!

Pasaron luego delante de la despensa y abrió la puerta para ver lo que había. Se puso la lente y exclamó:

—¡Caramba! ¡Cuánta gente hay aquí!

—Señor, no es gente. Son sacos de patatas.

—¡Caramba, es verdad!

En ese momento, el chino, que estaba atado en un rincón, comenzó a chillar:

—¡Socolooo, socolooo!

—¿Quién grita?

—Es el loro, señor.

—¡Caramba, si habla en chino!

—Es que ha nacido en Pekín.

El almirante Pescadilla subió muy complacido a cubierta. Una carroza lujosa se detenía en ese instante al pie de la escalerilla del barco. Iba tirada por siete caballos percherones. De ella descendió una joven hermosísima, de cabellos dorados como las espigas y dulces ojos verdes como el mar salado. La acompañaba una señora alta y seca de unos cuarenta años. Los lacayos empezaron a bajar baúles y más baúles y a subirlos al barco. La joven subió graciosamente las escaleras. Pescadilla salió corriendo a su encuentro y la besó tiernamente. Luego, dirigiéndose a Garrapata, le dijo:

—Señor Picatoste, os presento a mi hija Floripondia.

—A sus pies, milady. Es un placer inmenso conoceros.

La joven hizo una graciosa reverencia y dijo:

—¿Sois vos el capitán Picatoste?

—Sí, milady —respondió Garrapata.

—No sabía que fuerais tan feo.

—Y vos tan hermosa —añadió Garrapata.

El pirata se puso colorado hasta las orejas. Carafoca se empezó a reír de Garrapata, y éste le dio un bofetón y lo tiró al suelo.

—A sus pies, señorita —dijo Carafoca desde el suelo.

—¿Quién sois? —preguntó miss Floripondia.

—Soy Carafoca.

—Os cuadra muy bien el nombre, pues parecéis una foca.

—Y a vos el vuestro, miss Floripondia, pues parecéis una bella flor —añadió, galante, Garrapata.

—Dejaos de cumplidos —dijo Chaparrete—. Hay que partir.

El almirante Pescadilla abrazó a su hija con lágrimas en los ojos y se la confió al capitán, diciendo:

—La dejo en vuestras manos, capitán Picatoste.

—¡Pues la dejáis en buenas manos! —murmuró Carafoca riendo por lo bajo.

El almirante se sonó las narices y añadió:

—Mi hija va a reunirse con su prometido, lord Pistolete.

—¿Dónde está?

—En la isla de Jamaica.

—Y eso, ¿por dónde cae?

—Pero ¿es que no lo sabéis? ¡Caramba!

—Ni idea.

—Pues… según se sale, a la derecha.

Lord Pescadilla abrazó otras doscientas veces a su hija y, dirigiéndose a la mujer alta y seca que aguardaba en un rincón, dijo:

—Por favor, miss Laurenciana, cuidad mucho de mi hija.

—Así lo haré, lord Pescadilla.

El almirante, mientras la orquesta tocaba otra vez el himno del *Salmonete*, quiso buscar la puerta. Se confundió y se cayó de cabeza al mar.





4. Juanetes y cangrejas - ¡Echad el freno! - Polvorones - ¡Conduzca por la izquierda! - Pimentón a granel - El motín de las sardinas

LA SALIDA era a las doce. En aquel momento eran las once y media. De pronto empezaron a oírse gritos entre la gente. Eran los comerciantes, que se habían dado cuenta de que el dinero del capitán del *Salmonete* era falso. Empezaron a subir, chillando, por la escalerilla del barco, pero Garrapata los tiró a empujones al agua.

—¡Levad el ancla! —gritó Garrapata a los marineros.

El ancla comenzó a subir con gran ruido. Luego, Garrapata fue corriendo por su libro de guiar barcos y lo abrió por la página primera.

—¡Encended las velas!

—¿Con qué?

—Con una cerilla, ¡por cien mil diablos!

—Pues se van a quemar.

—¡Apagad las velas!

—¿En qué quedamos? —decían los marineros corriendo de un lado para otro.

—¡Timón, cuatro grados a babor! —gritó Garrapata.

—¡Timón, cuatro grados a estribor! —repitió Carafoca.

—¡Soltad los juanetes! —dijo Garrapata.

—¡Recoged los juanetes! —repitió Carafoca.

—¡Pobres juanetes! —decían los marineros.

—¡Desplegad las cangrejas!

—¡Replegad las cangrejas!

—Nos quedamos sin cangrejas —decían los marineros, agotados de tanta orden y contraorden.

El viento era favorable, pero el barco no avanzaba.

—¿Por qué no avanza el barco? —gritó Garrapata.

—Porque no hemos soltado las amarras.

—¡Atiza! ¡Es verdad! Se me había olvidado. ¡Soltad las amarras!

—No se puede, están muy tensas.

—Cortadlas con un cuchillo. Llamad al cocinero.

El chino vino corriendo con un cuchillo afilado y, con muchos esfuerzos, cortó las amarras. La última que quedaba se rompió de golpe y el *Salmonete* salió disparado en dirección a una goleta de guerra anclada a unas pocas brazas. Los marineros de la goleta, al ver llegar al *Salmonete*, se lanzaron precipitadamente al agua. Sólo quedó sobre cubierta el capitán, porque se mareó del susto. Garrapata se tapó los ojos y gritó:

—¡Echad el freno!

Los marineros echaron el ancla de popa y el *Salmonete*, dando una brusca sacudida, pasó rozando a cuatro centímetros de la goleta.

—¡Hurra! —gritaba la gente del puerto agitando sus pañuelos.

El almirante Pescadilla no perdía detalle con su anteojo, maravillado de aquella habilísima maniobra. Garrapata, que se había caído de espaldas, se levantó, miró desde el puente y gritó:

—¡Timón, cuatrocientos grados a estribor!

—Señor —respondió el timonel—, no puede ser. Son muchos grados.

—Pues quita media docena.

El barco viró en redondo y comenzó a dar vueltas como una peonza. Algunos marineros salieron despedidos por el aire. El chino subió furioso a cubierta y gritó:

—¡Señol Galapata, ya está bien de vueltas!

—¿Por qué, maldito chino?

—Polque se han lompido todos los platos.

Mandó echar otra vez el ancla y el barco paró en seco, pero en seguida empezó a dar vueltas en sentido contrario. Garrapata gritó entonces que enderezaran el timón y el barco quedó quieto. Los marineros, inclinados sobre el mar, echaban la papilla. El capitán ordenó cargar los cañones para dar la despedida.

—¿Con pólvora, señor?

—No, con polvorones.

Los artilleros cargaron los cañones con gruesas balas y prepararon las mechas.

—¡Fuego! —grito Garrapata.

Las balas volaron por encima del agua. La gente agachó la cabeza y una bala fue a caer en la taberna del Sapo, llevándose la chimenea; otra entró por la ventana de la casa del almirante Pescadilla, se metió debajo de la cama y rompió el orinal; otra cayó en el fortín del puerto y le dio en las narices a un general. Todos los barcos del puerto tocaron las sirenas en señal de despedida, y Garrapata y Carafoca se subieron al sobrejuanete, saludando con su pañuelo.

—¡Basta de tonterías! —gritó Chaparrete—. ¡Vamos a izar ya la bandera pirata!

Sacaron la bandera del baúl, se pusieron los trajes de pirata que les había hecho Tijereta y subieron al puente. Los marineros se quedaron con los pelos de punta y se daban pellizcos, creyendo que estaban soñando. Garrapata mandó

poner la bandera negra y cantar un himno que había compuesto con Carafoca:

Somos terribles piratas,
cruzamos el mar salado.
Siempre comemos patatas
y los jueves, «bacalado».

El almirante Pescadilla se quedó blanco como el papel al ver la bandera negra con la calavera. ¡Así que eran piratas! Todos los barcos del puerto salieron en persecución del *Salmonete*, pero no se atrevían a abrir fuego porque iba en él la hija del almirante Pescadilla, la infortunada Floripondia. Garrapata, desde la toldilla, se partía de risa y mandó disparar los cañones contra los barcos que le seguían.

—¿Los cargamos con pólvora?

—¡No, con polvorones! —gritaba Garrapata dando saltos.

Se oyó un ruido terrible y los polvorones empezaron a caer sobre la goleta en que iba el almirante Pescadilla. Tenía éste un puro en la boca y, cuando lo iba a encender, un polvorón le pasó rozando y le encendió la punta.

—¡Gracias! —gritó Pescadilla.

—¡De nada! —gritó Garrapata.

El *Salmonete* navegaba por el Támesis en dirección al mar. Era un barco muy velero, el más rápido del mundo. Garrapata, desde la proa, le sacaba la lengua a Pescadilla y gritaba:

—¡Rabia, chincha! ¿A que no me coges?

Garrapata mandó sacar de su encierro al capitán Picatoste y a Calzadilla, les pidió perdón por las molestias y los desató de sus ligaduras. Desayunó con ellos té y mermelada y luego subieron a cubierta. Garrapata los abrazó con mucho cariño y respeto. Después les dio un empujón y los tiró al agua, les arrojó las maletas y gritó:

—¡Buen viaje, amigos!

Pescadilla paró el barco para recogerlos, mientras el *Salmonete*, a todo trapo, quería comerse los cincuenta kilómetros que le separaban del mar. Garrapata iba por la derecha, cosa prohibida en Inglaterra, y los barcos que subían hacia Londres tenían que desviarse para no chocar.

—¡Borrico, ve por tu izquierda! —gritaban los capitanes.

—¡No me da la gana!

De pronto, en un recodo apareció un barco cargado de pimentón. Garrapata tocó la bocina, pero el barco «pimentonero» no pudo virar a tiempo y el *Salmonete* lo partió por la mitad. El pimentón formó una polvareda tremenda.

—Parecemos cangrejos cocidos —dijo Carafoca sacudiéndose.

Con el choque, el *Salmonete* encalló en la orilla del río. El almirante Pescadilla lanzó desde su barco una risotada y se preparó para el abordaje. Garrapata mandó recoger unos sacos de pimentón y ordenó cargar los cañones con ellos.

—¡Disparad el pimentón!

Una nube espesa y rojiza ocultó al *Salmonete*. El barco pirata, amparado en ella, pudo maniobrar y escapar río abajo.

El *Salmonete* siguió a todo trapo por el río, hasta que a lo lejos se divisó el mar del Norte. Garrapata miró por el telescopio y gritó:

—¡Uf! ¡Cuánta agua! ¿Se ha roto una cañería?

—Es el mar, majadero —dijo Carafoca.

Entre tanto, el chino había puesto la mesa y tocó la campana para comer. Los marineros corrieron como una manada de tiburones, pues hacía muchas horas que no comían. En el comedor de oficiales se reunieron Garrapata, Carafoca y el teniente Lechuguino, sobrino de Garrapata. En esto se abrió la puerta y apareció miss Floripondia.

—Señorita, siéntese aquí —gritó Garrapata.

—Siéntese aquí —gritó Lechuguino.

—Aquí, aquí —gritó Carafoca.

—Yo no alterno con piratas. Me voy —dijo Floripondia, dando un portazo al salir.

—Mejor, así tocamos a más —dijo Garrapata.

Mientras comían, comenzó a oírse en el comedor de los marineros un gran ruido de cucharas que golpeaban furiosas contra las mesas. Corrió el contramaestre y se encontró a los hombres enfadados y todo el suelo lleno de sardinas.

—¿Qué pasa aquí? —rugió Chaparrete.

—¡Que estamos hartos de sardinas!

—¿Pues qué queréis?

—Merluza a la vinagreta.

—¡Cómete esa sardina! —gritó Chaparrete a Comadreja, un marinero que había lanzado una sardina contra el techo.

—¡Que se la coma su abuela!

Chaparrete mandó formar a toda la tripulación sobre cubierta para dar un escarmiento general. Formaron todos, y entonces apareció Garrapata en el puente, de muy mal humor, comiéndose una pierna de cordero.

—¿Qué porras pasa aquí?

—Que no quieren sardinas fritas —dijo Chaparrete.

—Pues dales boquerones.

—Tampoco los quieren.

—Entonces, ¿qué quieren?

—Merluza a la vinagreta.

—Pues dádsela —contestó Garrapata.

Chaparrete mandó traer a Comadreja y le ató las manos a un madero. Luego cogió el látigo de las siete colas y preguntó:

—Comadreja, ¿quieres merluza?

—Sí.

—Pues toma.

Chaparrete le empezó a dar zurriagazos en la espalda con todas sus fuerzas. El infeliz Comadreja gritaba y la tripulación tenía los pelos de punta viendo retorcerse al marinero.

5. Primer desmayo - Segundo desmayo - Fuego a bordo - Tercer desmayo - Se acaba la comida - Se acaba el agua - Cuarto desmayo

CUANDO ya iban quince latigazos, apareció en cubierta Floripondia, asustada por los gritos. La joven corrió hacia el desdichado Comadreja para impedir el castigo y, arrodillándose ante Chaparrete, gritó:

—Piedad, señor, no le peguéis más.

El látigo cayó sobre la joven y ésta cayó desmayada.

—¡Basta! —gritó Garrapata—. ¡Soltad al reo!

Chaparrete soltó a Comadreja de mala gana y mandó llevar a la joven a su camarote. El teniente Lechuguino y otros marineros la bajaron con mucho cuidado y la instalaron en su lecho. Miss Laurenciana, al verla sin sentido, empezó a gemir y, cogiendo un paraguas, echó a todos del camarote con cajas destempladas:

—¡Fuera de aquí, borregos, manada de gansos! ¡Pobre Floripondia!

Garrapata, mientras tanto, se encaró con los marineros y, cogiendo el látigo, gritó:

—¿Queréis más merluza?

—¡No, no, ya no!

—¿Os gustan las sardinas?

—¡Sí, están riquísimas!

—Pues a comerlas.

Los marineros bajaron al comedor, cogieron las sardinas de debajo de las mesas y se las comieron con raspas y todo.

El *Salmonete* se adentró en el mar. Un viento fuerte soplaba de popa. Las velas hinchadas amenazaban rasgarse y los masteleros de juanete y sobrejuanete gemían como si se fueran a partir.

—¡Arriad los juanetes! —gritó Garrapata.

—¡Arriados los juanetes! —gritaron los marineros.

Cuando cesó el viento, Garrapata se sentó en una mecedora en la toldilla, sacó la pipa y mandó al chino traer un poco de café. El chino subió con un saco cargado a la espalda y dijo:

—Señol Galapata, aquí está el café.

—Échamelo.

El chino le echó el saco de café por la cabeza y Garrapata salió corriendo tras el chino. Este se encaramó por el palo mayor, pero Chaparrete subió detrás de él, lo cogió por la coleta, le hizo bajar y levantó el látigo de las siete colas.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Garrapata.

—Darle sesenta y seis latigazos.

—Son muchos; dale seis.

—Le daré siete.

—¡He dicho seis!

—¡Cinco! —dijo Carafoca.

—¡Cuatro! —gritó Lechuguino.

—¡Tres! —dijo miss Laurenciana.

—¡Dos! —gritó el loro.

—¡Uno! —imploró miss Floripondia, llorando.

—¡Ninguno! —dijo el chino, dando un salto y escapándose.

El látigo empuñado por Chaparrete se abatió sobre Floripondia, que cayó al suelo desmayada.

—¡Bruto! —gritó Garrapata, dando un puñetazo a Chaparrete.

El teniente Lechuguino bajó a la desdichada Floripondia a su camarote. Miss Laurenciana se tiraba de los pelos y amenazaba a todos con el paraguas:

—¡Os ahorcarán a todos!

Los marineros se sentaron en cubierta y se pusieron a fumar. Garrapata, que estaba muy enfadado, dio una patada en el suelo y gritó:

—Aquí sólo fumo yo.

Los hombres tiraron los cigarros y Garrapata mandó clavar en las paredes unos letreros que decían: «Se prohíbe fumar», «Se prohíbe estornudar», «Se prohíbe rascarse». Los marineros estaban hartos. Comadreja dijo:

—¡Nos van a prohibir hasta hacer pipí!

Garrapata ató al chino con la coleta a la pata de su cama, y de cuando en cuando le daba con el cinto.

Una noche, un humo terrible y un calor insoportable despertaron a todos.

—Se habrán quemado las judías —dijo Carafoca.

—¡Fuego, fuego! —gritó Chaparrete, corriendo hacia el puente.

Garrapata tocó la campana y los marineros acudían alocados, en calzones.

—¡Coged los cubos!

Los marineros cogieron los cubos.

—¡Llenadlos de agua!

Por medio de sogas cogían agua del mar y una fila de marineros se pasaban los cubos de uno a otro. Al abrir la escotilla mayor, una llamarada surgió en la noche.

—¡Cerrad la escotilla!

El capitán mandó cerrar todas las escotillas y tapar los resquicios con brea para que el fuego se extinguiese por falta de aire. Floripondia se había desmayado y miss Laurenciana la subió a la toldilla para respirar aire puro. Los marineros sacaron de la despensa unos barriles de carne, otros de bizcochos y una vaca que tenían atada y que se llamaba Filomena.

Al amanecer apenas se podía entrar en el interior del buque. Miss Laurenciana preguntó al capitán:

—¿Qué pasa, señor Garrapata?

—Que se han quemado las judías.

—¡Pues vaya humo!

A miss Floripondia la instalaron en un camarote de popa, y los marineros pusieron sus colchonetas en el puente y en la toldilla. Por la noche se oían crujidos de maderas quemadas. Algunas ratas salían despavoridas con el rabo chamuscado. Aquellos días, el gato se hartó de comer ratas asadas.

El fuego lento seguía minando el buque. Dos marineros bajaron a la despensa por la noche, pues tenían hambre.

—¿Queda algo? —preguntó Garrapata.

—No. Todo se ha estropeado.

El chino hizo una cocinilla en el puente y allí asaba algún pez volador que cogía con el paraguas cuando cruzaba volando sobre cubierta. Una tarde pescó un bonito en escabeche, que hizo las delicias de todos. Garrapata revisó las provisiones y se quedó asustado.

—Queda un barril con cien libras de bizcochos.

Carafoca hizo el cálculo con los dedos y tocaba a un cuarto de libra por persona durante diez días.

—¿Cuánta carne salada? —preguntó Carafoca.

—Otras cien libras —calculó el chino.

—Pocas libras para tantos dientes…

—También queda un barril de aceitunas.

—Eso, para aperitivo —dijo Carafoca.

—¿Qué tal andamos de agua?

—Muy bien. Fíjate toda la que hay —dijo Carafoca señalando el mar.

—Bobo, esa es salada.

—¡Y yo qué sabía! Entonces sólo tenemos dos barricas.

—¿Cuánto toca por cabeza? —dijo Garrapata.

—Medio litro al día.

—¡Pocos litros son ésos!

—¡Tenemos hambre! —gritaban los marineros.

—Pues yo os hartaré a trabajar —dijo Garrapata—. ¡A barrer el barco!

Los marineros barrieron el barco.

—¡Mojad la cubierta!

Los marineros echaron cubos de agua para refrescar las tablas.

—¡Apagad el fuego!

Los marineros abrieron un agujero en el suelo, pusieron en él un embudo y empezaron luego a echar cubos de agua.

—¡Echad más cubos!

—Vamos a secar el mar —protestaron los marineros hartos de tanto trabajo.

—¿Estáis hartos ya? —rugió Garrapata.

—Sí, estamos hartos.

—Pues todos a la cama.

Los días fueron pasando. El fuego seguía su lenta labor en la bodega del barco. El agua que echaban por el embudo era insuficiente para sofocarlo. Una mañana, miss Laurenciana preguntó:

—¿Apagaron ya las judías?

El capitán se rascó la cabeza y tuvo que decir la verdad:

—Milady, este humo no es de las judías.

—¿Pues de qué es?

—De la bodega. Se ha incendiado.

—¿Y por qué no lo apagan de una vez?

—Porque no se puede. Si abrimos la escotilla, el fuego quemará las velas y los mástiles en un santiamén.

—Entonces, ¿qué esperan?

—Que se apague solo.

Miss Floripondia, que había escuchado desde su camarote la conversación, dio un grito y cayó desmayada.

6. La tormenta - Otra vez los juanetes - Quinto desmayo - Ladrones de sardinas - Jugando con la pólvora

POR LA NOCHE, el horizonte se pobló de luces azules. Se acercaba una tormenta. Aún no se oían los truenos. Sobre el mar rodaban nubes de vapor y aquello parecía una caldera cuando empieza a hervir. El mar, no obstante, era todavía una balsa de aceite, pero poco a poco se fue agitando. Garrapata fue por su *Manual de conducir barcos* y a la luz de una vela estudió el capítulo de las tormentas.

—¡Arriad las velas! —gritó Garrapata.

Los marineros se precipitaron a las drizas y enrollaron las velas para que el viento no hiciera zozobrar el barco.

—¿De dónde viene el viento? —preguntó Garrapata.

Carafoca sacó el pañuelo, lo observó atentamente y dijo:

—De muy lejos.

—¡Cinco grados a babor! —ordenó Garrapata.

—¡Cinco gramos de jamón! —repitió Carafoca.

Un viento huracanado comenzó a soplar, y Garrapata, sin perder su sangre fría, consultó el libro y gritó:

—¡Ponerse a la capa!

—¡Ponerse las capas! —repitió Carafoca.

Los marineros se pusieron las capas.

—Majaderos, he dicho ponerse a la capa.

—¡Ah, bueno, eso es otra cosa!

Los marineros hicieron girar el barco, poniendo la proa al norte para resistir el viento. Como las bodegas del *Salmonete* iban muy cargadas y, por tanto, el centro de gravedad era muy bajo, el barco empezó a cabecear y los mástiles a gemir. La quilla crujía. Era necesario levantar las velas altas.

—¡Desplegad los juanetes! —gritó Garrapata.

—¡A rascarse los juanetes! —repitió Carafoca.

Los marineros se quitaron los zapatos, y el capitán se puso hecho una furia.

—¿Qué hacéis?

—Rascarnos los juanetes.

—He dicho que despleguéis los juanetes —rugió Garrapata.

—¡Ah, bueno, eso es otra cosa! —dijeron los marineros, precipitándose a las jarcias.

Con las velas altas, el barco se estabilizó. De pronto, un trueno horrible sonó sobre el barco y una luz brillante iluminó todo el mar.

—¡La tormenta! —gritó el hombre del anteojo desde la cofa—. ¡Que viene la tormenta!

—Ya lo sabemos —chilló Carafoca.

—¡Agarraos a las cuerdas! —ordenó Garrapata.

Una ola más grande que una montaña cayó sobre el barco como el puñetazo de un gigante. Después, la nave fue levantada como una cáscara de nuez a lomos de la ola y se inclinó más de cuarenta grados en el abismo.

—¡Los barriles! —gritó Garrapata.

Los barriles rodaron por la cubierta y se precipitaron al mar. Carafoca dio un salto, pero sólo pudo coger una

tapadera. Un viento huracanado se estrelló de pronto contra el barco.

—¡El huracán! ¡Que viene el huracán! —gritó el del anteojo.

—¡A buenas horas, mangas verdes! —gritó Carafoca.

Un golpe terrible hizo un siete en los juanetes.

—¡Mi sombrero! —gritó miss Floripondia.

Carafoca dio un salto y sólo pudo coger la cinta. El sombrero quedó colgado en el palo mayor.

—¡Arriad los juanetes! —ordenó Garrapata.

—¡Arriados los juanetes! —respondieron los marineros.

El viento entraba por las tablas del casco y atizaba el fuego como un soplillo. Los rayos seguían brillando. Uno cayó sobre el barril de carne salada, y la carne quedó asada a la parrilla. Otro cayó encima de un marinero y lo partió por la mitad.

La tempestad cedió de pronto y salió la luna.

—¡La luna! —exclamó Calabacín, el del telescopio.

—Voy a pasar revista —dijo Garrapata.

—Faltan tres marineros —observó Carafoca.

—¿Dónde están?

—A uno lo partió un rayo —afirmó Carafoca.

—Otro salió volando con el huracán —añadió Chaparrete.

—¿Y el otro?

—Se lo llevó una ola, señor.

—¿Y Floripondia? —preguntó Garrapata, colorado.

—Está mareada.

—¿Han quedado provisiones?

—Sólo un barril de carne asada a la parrilla.

—¿Asada? —se extrañó Garrapata.

—Sí…, por el rayo.

—¿Y el barril de bizcochos?

—Se lo llevó la ola.

—¿Y las barricas de agua?

—Salieron trotando. Sólo queda una.

El barril de aceitunas seguía allí, pero las aceitunas habían volado. Sólo quedaban los huesos.

—¿Quién se ha comido las aceitunas?

Nadie respondió.

—¿Y las sardinas?

La caja de sardinas no aparecía por ninguna parte, pero los rincones estaban llenos de raspas.

—Habrá sido el gato —dijo Carafoca.

—Coged las escobas —ordenó Garrapata.

Los marineros cogieron las escobas.

—¡Escobas a babor!

Los marineros empezaron a dar escobazos, mientras el gato corría a la otra banda del barco.

—¡Escobas a estribor!

Los escobazos cayeron a estribor, y el gato subió por el palo de mesana y se refugió junto a la bandera. La caja de sardinas apareció junto al timón, pero faltaban la mitad. Garrapata dividió las provisiones que quedaban para que durasen veinte días.

—Cada uno comerá la mitad de cuarto de carne —dijo Garrapata.

—¡Pues nos vamos a indigestar! —comentó Carafoca.

El agua también se racionó, y Garrapata, después de hacer sus cálculos, dijo:

—Cada día nos tocará a una cucharada.

—Es suficiente —dijo Comadreja—. Nos podremos lavar hasta los pies.

La bodega seguía en su lenta combustión. La madera crujía como si se estuviesen asando castañas.

—Poned más embudos.

Los marineros llenaron la cubierta de agujeros. Pusieron un embudo en cada agujero, y no paraban de echar agua del

mar por ellos. Habían pasado quince días desde que empezó el incendio.

—Si encontráramos tierra... —dijo Garrapata, mirando al horizonte.

—¡Tierra a babor! —gritó Carafoca.

—¿Dónde?

—¡Ahí, en ese tiesto! ¡La he encontrado yo!

Garrapata, furioso, le dio la espalda y se fue a su camarote muy preocupado.

El fuego era tan intenso que no se podía pisar sobre cubierta.

—Va a explotar la pólvora —dijo de pronto Comadreja.

—Vamos a tirarla al agua —dijeron los marineros, asustados.

—No —repuso Garrapata.

—¿Por qué?

—Por si nos atacan. ¿Cómo nos defenderemos?

—A puñetazos —respondió Comadreja.

Los marineros no quedaron muy convencidos.

Una noche, Comadreja y otros amigotes se levantaron sigilosamente, quitaron la llave a Garrapata, que dormía como un ceporro, y se dirigieron a la santabárbara.

—¡Maldita sea! ¡Si es la llave de la despensa! —exclamó Comadreja.

—Lompamos la puelta —dijo el chino.

—Sí, sí, a patada limpia.

Cuando saltó la puerta, cogieron un saco de pólvora y se lo llevaron arrastrando.

—¡Alto! —gritó Garrapata.

—¡Bajo! —rugió Comadreja.

Garrapata agarró el saco por una punta mientras Comadreja lo agarraba por la otra. La mitad de la tripulación tiraba de cada lado del saco.

—Yo voy con Garrapata —chillaban unos.

—Yo voy con Comadreja —chillaban otros.

—Yo no voy con ninguno —dijo Cuchareta, sentándose encima del saco.

—¡Trae los huesos! —ordenó Garrapata, en voz baja, a Carafoca.

Carafoca fue por los huesos de aceituna.

—Échaselos a los pies —sugirió Garrapata.

Los de Comadreja resbalaron y cayeron patas arriba. Garrapata guardó el saco otra vez, y ordenó:

—Carpintero, clava la puerta.

A Comadreja le dio un pescozón y le castigó a cinco días de calabozo en el palo de mesana.

7. Hambre - Potaje de zapatos - Tocinete en peligro - El chino en peligro - Ochenta grados a la sombra - La pesca de la patata

PASABA el tiempo y el hambre apretaba. Por la mañana, Garrapata mandaba repartir las raciones.

—Ponelos en cola —ordenaba el chino.

—¿A cuánto toca?

—A un moldisquito de calne.

Los marineros, con las narices dilatadas, se abalanzaban sobre su ración y la devoraban como fieras.

—Despacio. Hay para todos —gritaba Garrapata.

—Tenemos sed —protestaban los marineros.

El chino tomaba el barril y repartía una cucharada de agua por barba.

—¡Bebedla a sorbitos! —decía Garrapata.

—Sí, no sea que os ahoguéis —se burlaba Comadreja.

Una noche oscura, cuando todos roncaban, unas sombras avanzaron por entre las colchonetas.

—¿Quién va? —preguntó, medio en sueños, Garrapata.

—Unas sombras —respondieron las sombras.

Garrapata se volvió a dormir. Unas voces terribles le despertaron. Comadreja, el chino y otros cuantos se

disputaban la carne del barril.

—¡Atrás! —gritó Garrapata.

—¡Adelante! —rugió Comadreja.

Los hombres, como una manada de chacales, daban feroces dentelladas en la carne.

—¡Ay, que me has mordido a mí! —gritó el doctor Cuchareta.

Garrapata y Carafoca se abalanzaron también, para no quedarse sin nada de carne.

—¡Allá voy! —gritó miss Laurenciana, abriéndose paso a paraguazos.

—¡Qué canallas! ¡Se han comido hasta el barril!

Al día siguiente, los marineros hicieron perezosamente la digestión. Pero a los dos días, el hambre excitó de nuevo a los piratas.

—Me pica el estómago —dijo Comadreja.

—Pues ráscatelo —le respondió Cuchareta.

—¡Una rata! —gritó Carafoca.

—¿Dónde?

—Debajo de esa cesta.

—¡Zafarrancho de combate! —ordenó Garrapata.

Una multitud de brazos y piernas se lanzaron contra la pobre rata.

—¡Ha subido por el palo mayor!

—¡A por ella!

—¡La cogí, la cogí! —gritó Comadreja desde lo alto, junto a la bandera.

Comadreja se tiró al mar y se la comió tranquilamente. El gato estaba asustado al ver las miradas torvas de los marineros.

—¡Qué gordo está él! —comentó Comadreja un día.

—¡Y qué flacos nosotros! —dijo Carafoca.

—Como que se come «nuestras» ratas —dijo Cuchareta.

—¡A por él!

El gato se subió a la cofa y sacó las uñas. Comadreja y sus secuaces se presentaron ante Garrapata y dijeron.

—Queremos la vaca Filomena.

—No hay vaca —dijo Garrapata—. Comed sardinas.

—¡Antes la muerte!

El barco siguió a la deriva. El viento se inclinó a suroeste y el *Salmonete* marchó ligero, dejando una larga estela. Las velas iban todas desplegadas, y el sastre Tijereta cosió con hilo los sietes de los juanetes. Una mañana, los hombres, hambrientos y con terribles dolores de estómago, encendieron fuego y pusieron a cocer los zapatos y las botas. El chino llenó la cacerola con agua del mar, echó unas hojitas de laurel y un poco de pimentón y sirvió la mesa. Los marineros devoraron los zapatos, dejando sólo los clavos. El plato estaba exquisito, pero los zapatos se acabaron en unos días. Los últimos fueron los de miss Floripondia, que estaban tiernos y sabrosísimos. Los marineros echaron mano de los cinturones, de las carteras y de los sombreros de cuero que, bien cocidos y sazonados, aliviaron no poco el hambre. Pero todo se acabó. Una tarde, Comadreja, en un ataque de hambre, empezó a morder el palo mayor; daba terribles dentelladas y masticaba frenéticamente la madera.

—¿Está buena? —preguntaron los marineros. Y se lanzaron contra el palo y empezaron a morderlo vorazmente.

—¡Atrás! —gritó Garrapata, restallando el látigo.

—¡Adelante! —gritó furioso Comadreja, dando una feroz dentellada en el palo.

Había peligro de que el palo, carcomido por aquellos feroces mordiscos, se viniera abajo. Afortunadamente, los marineros cesaron en su intento. Algunos se revolcaban en el suelo atacados por agudos retortijones.

—¡Comed sardinas! —gritaba Garrapata.

—¡No, antes la muerte!

Mientras tanto, la sed atormentaba a la tripulación más que el hambre. El calor apretaba cada vez más, pues el barco iba derivando hacia el sur y era pleno verano. La lengua estaba reseca, las encías y el cielo de la boca parecían de cartón. Hacía un calor horrible.

—¿Cuánto marca el termómetro? —preguntó Garrapata.

—Ochenta grados a la sombra —gritó Carafoca.

—Debe de estar estropeado —observó el capitán.

—No; es que estaba en la bodega, junto al fuego.

Garrapata quiso doblar la ración de agua aquel día y se quedó perplejo: el agua había descendido notablemente.

—Se habrá evaporado —dijo Comadreja.

—No; alguien se la ha bebido.

—Imposible. La tapa tiene un candado.

—Es rarísimo —dijo Garrapata.

El capitán descubrió un agujero en un lado del barril. Alguien lo había abierto y lo había disimulado después con un tapón.

—¡Miserable! ¿Quién habrá sido?

Garrapata repartió el agua que quedaba y llenó el barril con agua del mar. Por la noche, una sombra se deslizó por cubierta, se acercó al barril y se tumbó junto a él. Primero se oyó un gluglú y luego, de pronto, un grito horrible:

—¡Está salada!

Era Comadreja. Garrapata le dio unos latigazos y gritó:

—¿Eras tú el que se bebía el agua?

—Sí. Estoy sediento. Tú tienes la culpa.

—¿Por qué?

—Porque nos has traído aquí a la fuerza, canalla.

—¡Cállate!

—¡No quiero! Los demás son una manada de borregos, pero yo no.

—¡Queremos la vaca! —gritaron todos, amenazando a los oficiales con martillos, serruchos y ganchos.

—Venid por ella —exclamaron los oficiales, sacando las pistolas.

Los marineros se retiraron, y Floripondia se puso de rodillas y suplicó a Garrapata:

—Señor. Dadles la vaca para que coman.

—No, milady. La vaca es aquí una persona más. Tiene derecho a vivir como los demás.

—Comed sardinas fritas —ordenó Garrapata.

—¡No, antes la muerte! —gritaron los marineros, formando un corro junto al timón y empezando a discutir. De pronto, Tocinete, un marinero grueso y sonrosado, echó a correr presa del pánico.

—¡Que me comen! ¡Que me comen!

Comadreja, con los ojos fuera de las órbitas, corría detrás de él y le dio un mordisco en un brazo. Los demás corrían gritando, abriendo y cerrando la boca. Garrapata disparó al aire y los hombres, hambrientos, se desparramaron por los rincones. Tocinete tuvo que refugiarse junto a la vaca, y los tres oficiales y el contramaestre no cesaban un momento de montar la guardia con las pistolas cargadas. Por la noche, Comadreja reunió a sus más íntimos detrás del castillo de proa y preguntó:

—¿Y si cazamos al chino y nos lo comemos?

—Debe de estar muy duro —dijo el carpintero.

—No importa. Lo coceremos con sal.

—Buena idea —dijo el herrero, cogiendo un martillo.

Los marineros avanzaron cautelosamente, amordazaron al chino y prepararon la cacerola. Encendieron fuego y llenaron la olla con agua del mar. Después metieron en ella al chino y dijeron:

—Estáte quieto. Vamos a jugar a un juego.

—¿A cuál?

—Al de los antropófagos.

—¿Y eso qué es?

—Pues nada, que te cocemos y luego te comemos.

—¡Socoloooo! —gritó el chino, dando un salto.

Los marineros corrieron detrás de él, hasta que salió Garrapata y puso orden a pistoletazo limpio. El chino se escondió junto a la vaca y la noche transcurrió sin más incidentes. Por la mañana, Garrapata mandó traer un sacacorchos y ordenó:

—Haced un agujero en la cubierta.

—¡Qué tontería! —gritaron todos.

—¡Haced un agujero, he dicho!

El carpintero hizo un agujero y por allí empezó a salir humo, como si fuera una chimenea.

—Traed un hilo y un anzuelo.

—¿Qué va a pescar?

—Patatas asadas.

La bodega estaba llena de patatas que, por efecto del fuego, debían estar asadas. En efecto, Garrapata comenzó a sacar patatas, que los hombres devoraban con avidez. Todo el día siguió la pesca milagrosa, y la comida no se interrumpió desde la mañana a la noche.

—Nos vamos a empatatar —dijo Comadreja.

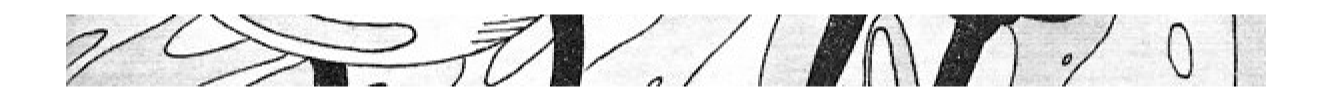
—¡Ojalá no nos falten! —replicó un marinero llamado Lechuza Flaca, que tenía el sobreapodo de «el Gafe», porque siempre traía mala pata. Nada más decir esto se oyó un estrépito en la bodega y salieron chispas del agujero. Garrapata sacó una patata y gritó:

—¡Está quemada!

Sacó otra y salió negra. Parecía un trozo de carbón. Toda la noche resultó infructuosa la pesca. El fuego había requemado la única comida que parecía inagotable.

—¡Maldito Gafe! —gritó Comadreja.





8. Chocolate a la marinera - Sexto desmayo - Agujeros con sacacorchos - Ochenta pies de agua - ¡Tierra! - En el cementerio de barcos -¡Barco a la vista!

GARRAPATA no se desanimó. Mandó echar una cuerda por el costado del buque, se descolgó y llegó casi hasta el nivel del agua. Sacó un sacacorchos del bolsillo, hizo un agujero y empezó a salir un chorro de chocolate. Era el que estaba almacenado en la bodega y que se había derretido con el calor. Garrapata puso un grifo que se pudiera abrir y cerrar, y llenando un caldero, mandó subirlo a cubierta. El carpintero hizo serrín con la lima y el chino hizo tortas de serrín para comerlas con el chocolate.

—¡Se acabó el hambre! —gritó Carafoca.

—¿Para cuántos días habrá chocolate? —preguntó miss Laurenciana.

—Supongo que para un mes; llevamos unas novecientas libras en la bodega.

El buen humor contagió a toda la tripulación. El chino repartió las tortas de serrín y puso los platos para el

chocolate. Garrapata sirvió galantemente a miss Floripondia.

—Gracias, mi querido capitán.

Garrapata se puso colorado hasta las orejas y casi se le cayó el caldero. Repartió el chocolate y dijo:

—Tomadlo. Ahora subiremos más.

Los marineros se lo tragaron de un golpe, pero por poco echan los hígados.

—¡Está salado como perros!

—¡Qué porquería! —gritó miss Laurenciana, poniéndose amarilla y luego verde.

El agua vertida en la bodega, al mezclarse con el chocolate, le había comunicado su sabor amargo. Los marineros, abatidos, tiraron el chocolate y las tortas de serrín al agua.

Garrapata abrió el grifo del chocolate y el barco iba dejando una estela color marrón que se disputaban los tiburones con avidez.

—¡Que aproveche! —gritó Comadreja, tirándoles a la cabeza las tortas de serrín.

Mientras tanto, el buque amenazaba con arder de un momento a otro. Grandes chasquidos sonaban en el interior. Comadreja corrió hacia la chalupa, largó las trapas y sacó la embarcación fuera del barco. Los marineros se lanzaron hacia la canoa, y diez o doce maniobraron las poleas y se descolgaron al mar.

—¡Cobardes! —gritó Garrapata.

En el *Salmonete* todo era confusión. Miss Floripondia cayó sin sentido en brazos de su aya.

—¿Y si echáramos el barco a pique? —dijo Chaparrete.

—Es verdad, así se apagaría el fuego —dijo Carafoca.

—¡Imbéciles, y nos ahogaríamos todos! —rugió Garrapata.

El capitán ordenó a varios hombres que se lanzaran al agua y abrieran unos agujeros en el casco. Los marineros se

tiraron y abrieron quince boquetes con el sacacorchos.

—¡Ya entra el agua! —gritaron.

El barco empezó a hundirse en el mar.

—¡Que nos hundimos! —gritó Carafoca.

—¡Poned unos tapones en los agujeros! —ordenó Garrapata.

El agua cesó de entrar.

—¡Abrid la escotilla!

Un humazo negro salió por la abertura.

—Bajad a la bodega y limpiadla.

Las balas de algodón estaban casi quemadas. Había mucha agua.

—¡Todos a las bombas! —ordenó Garrapata.

Carafoca fue al polvorín y trajo varias bombas.

—¿Qué haces, majadero?

—Traer bombas.

—¡De cañón, no! ¡Bombas de agua! —rugió Garrapata.

Las bombas de achique empezaron a trabajar. El agua salía a chorros por una manga, pero Carafoca, en vez de echarla al mar, la volvía a echar a la bodega. Garrapata le regañó severamente.

—¿Cuántos pies hay de agua? —preguntó Garrapata.

—Ocho pies y una mano —dijo Chaparrete.

—Son muchos pies. ¡Pegadle fuerte a las bombas!

Los marineros se partían los riñones dando a la manivela. Las bombas se taponaron con el algodón quemado.

—¡Traed los cubos!

Carafoca repartió cincuenta cubos. Unos estaban llenos de agujeros, otros no tenían fondo. A las cinco, los marineros que habían huido en la chalupa volvieron, al ver apagado ya el fuego.

—¿Hay que trabajar? —preguntó Comadreja.

—Sí.

—Pues entonces nos vamos otra vez.

Garrapata se enfureció:

—¡A trabajar, gandules!

—¿Cuántos pies hay? —preguntó Garrapata.

Carafoca empezó a contar los pies de los marineros y gritó:

—Ochenta, sin contar los del gato.

Garrapata sacó el látigo de las siete colas y animó a los marineros.

—¡A trabajar, gandules, que nos hundimos!

A las cinco de la mañana sólo quedaban dos pies, los pies de Carafoca, que trabajaba como un negro. Los demás marineros se estaban comiendo las gallinas y conejos asados que encontraron en la bodega.

El carpintero puso unas tablas que faltaban y el barco pasó el peligro.

—¿Cuántos días llevamos en el mar? —preguntó Garrapata.

—No sabemos. Se ha quemado el calendario.

El barco, con viento favorable, corría como una liebre en dirección suroeste.

—¿Dónde estaremos? —dijo Chaparrete.

—A lo mejor, en el desierto del Sahara —dijo Garrapata.

—No puede ser. ¿Y los camellos? No veo ninguno.

—Yo vi uno ayer —exclamó Garrapata.

—¿Cómo era? —preguntó Carafoca.

—Tenía ocho o diez patas —dijo Garrapata.

—¿No sería un pulpo?

—Sí, eso es, un pulpo a la marinera.

—Entonces, está claro: estamos en el mar.

—Sí, pero ¿en qué mar?

—En el mar Muerto —supuso Carafoca.

—Pues no se ve ningún esqueleto.

—Entonces será el mar Negro.

—Tampoco se ve ningún negro.

—Entonces, ¿dónde estaremos? —dijo Garrapata.

—¡Caramba! Usted es el capitán, usted debería saberlo —protestó Comadreja.

—¡Y yo qué sé! Como no hay ningún letrero…

En ese momento, el vigía gritó con voz estentórea:

—¡Tierra a babor!

Los marineros empezaron a saltar. Todo eran abrazos.

—¡Tiela, tiela! —gritó el chino, abrazándose a Tocinete.

Comadreja, el taimado Comadreja, dio un apretón de manos al capitán y, con lágrimas en los ojos, gritó:

—¡Al fin comeremos!

Luego abrazó a la vaca y le dio un beso en los morros.

Efectivamente, a unas siete millas se veía una masa confusa; parecía una mancha en el océano. Garrapata pidió el telescopio y pudo observar algo así como unos árboles verdes que sobresalían un poco sobre el nivel del mar.

—¡Cinco grados a babor! —gritó Garrapata.

—¡Cinco gramos de jamón! —gritó Carafoca.

—¡Soltad trapo! —gritó Comadreja.

Los marineros desplegaron todas las velas. La mar estaba en calma y el *Salmonete* avanzaba muy despacio. Después de dos horas, Garrapata tomó el telescopio y estuvo largo rato mirando.

—¿Qué me dice? —preguntó el capitán, alargando el anteojo a míster Cebollino.

—¡Que no es tierra!

—¿Qué es, entonces?

—Una especie de algas o plantas gigantes que crecen en este Mar de los Sargazos.

—Entonces, ¿es o no es tierra?

—No, y estamos lejísimos de ella.

—¿Dónde estamos?

—En el cementerio de los barcos.

—¿Y eso qué es?

—Un mar lleno de algas larguísimas y de plantas flotantes, en donde los buques no pueden manejarse. El viento apenas sopla y los navíos se quedan inmovilizados y se mueren.

—¡Caramba! ¡Vaya sitio adonde hemos ido a parar!

Los marineros estaban con la boca abierta. El mar se iba poblando de grandes plantas de unos quince metros de altura. Unos frutos redondos y brillantes, rojos, amarillos y azules salían de las aguas como un bosque extraño. Las ramas eran como brazos de gigantes y parecían olivos retorcidos. Plantas grandes como árboles flotaban entre unas algas espesas de centenares de pies de largo. Garrapata quiso volver atrás y no pudo. Era tarde. El timón apenas obedecía, inmovilizado por aquellas algas. Las velas pendían lacias sin un soplo de viento.

Caía la tarde. El cielo, teñido de rojo, cambió su manto por otro de tono amoratado, y llegó de pronto la noche.

—¡Barco a la vista! —chilló míster Cebollino desde la cofa.

—¡Cañones de estribor! —gritó Garrapata.

—¡Cañamones con jamón! —repitió Carafoca.

—¡Zafarrancho de combate! —ordenó el capitán.

—¡Preparaos los tomates! —repitió Carafoca.

El barco enemigo navegaba tranquilamente por un claro de aquel extraño bosque. Unas sombras blancas se agitaban sobre cubierta. El buque era un bergantín que corría con amuras a babor, parecía muy viejo y ondeaba una extraña bandera blanca cruzada por unas cadenas.

—¿Qué pabellón lleva? —preguntó Chaparrete.

Garrapata consultó su libro, ojeó la página de banderas y exclamó:

—Es una bandera rarísima. No viene en el libro.

Garrapata maniobró hábilmente para esconderse detrás de un árbol gigante.

—Esperaremos a que se haga de noche —dijo Garrapata.

El barco enemigo apenas se movía. No parecía haber notado la presencia del *Salmonete*, pues la tripulación paseaba tranquilamente sobre cubierta.

—¡Preparados para el abordaje! —gritó Garrapata.

—¡Preparad el equipaje! —gritó Carafoca.

9. El barco misterioso - Setas venenosas - La armadura automática - El esqueleto del pajarito - El coco - Los fantasmas

LLEGADA la noche, amparado por las sombras, el *Salmonete* se acercó al extraño buque.

—Me huele a puchero enfermo —dijo Lechuza Flaca.

—¡Cállate! —ordenó Garrapata.

El *Salmonete* avanzaba en silencio, con las luces apagadas. Aunque la luna no brillaba, aquellos arbustos proyectaban una luz blanquecina y tenue.

—Echad los garfios —ordenó en voz baja Garrapata.

Los garfios del *Salmonete* agarraron al buque, y los marineros, de puntillas, conteniendo la respiración, saltaron sobre cubierta. Llevaban los cuchillos preparados y las pistolas cargadas.

—Están durmiendo —dijo Carafoca.

—¡Mejor! Los cogeremos por sorpresa —susurró Lechuguino.

Las maderas crujían al menor movimiento. Abrieron la puerta del sollado y un largo gemido le puso la carne de gallina a Garrapata.

—Alguien ha gritado —murmuró Garrapata.

—Han sido los goznes de la puerta —dijo Carafoca.

—¡Adelante!, no seáis cobardes —ordenó Garrapata, temblando.

Los marineros bajaron por unas escaleras carcomidas.

—¿Quién me ha tocado la cara? —preguntó Chaparrete.

—¡A mí también! ¿Quién habrá sido? —exclamó Garrapata.

—Son murciélagos —observó míster Cebollino.

—Mala señal, son aves de mal agüero —sentenció Lechuza Flaca.

Todos los marineros iban temblando. Llevaban las pistolas preparadas. Carafoca alumbraba con un candil. Llegaron al comedor de marinería y no había ni un alma. Sólo se oía el crujido de las viejas maderas del barco. Unos cincuenta platos vacíos se alineaban en las mesas.

—Vamos a la despensa —sugirió Comadreja.

—Eso, eso, nos hartaremos de comer —palmoteó, alegre, el doctor Cuchareta.

Cruzaron un largo pasillo y abrieron una puerta que rechinó con un lamento prolongado. Olía a humedad y moho. Grandes telarañas pendían de las vigas, y un farol mortecino oscilaba en una cuerda.

—¿Qué tendrán esos sacos? —preguntó Lechuguino.

—¡Atiza, son setas! ¡Qué ricas! —dijo Carafoca.

—No las toquéis —exclamó Garrapata.

—¿Por qué?

—Porque lo pone en el saco. ¿No veis?: *No tocar, peligro de entierro*.

Cuchareta abrió su maletín, sacó una cucharilla de plata, la metió en el saco y se puso más negra que el carbón.

—¡Son venenosas!

—¿Por qué las tendrán aquí? —preguntó Garrapata.

—Es extraño —dijo Cuchareta—. Una seta de éstas puede matar a un caballo percherón.

Garrapata salió al pasillo seguido de sus marineros. De pronto vieron abrirse una puerta. Una gigantesca armadura de hierro salió y avanzó lentamente por el pasillo, moviendo los brazos y las piernas al compás.

—¡Huyamos a la despensa! —gritó Garrapata.

Los marineros se dirigieron en tropel a la despensa y cerraron la puerta. Se miraron unos a otros y Chaparrete gritó:

—Falta Carafoca. ¿Dónde está Carafoca?

—¡Socorro! —se oyó un grito angustioso.

—¡Corramos! Es Carafoca.

Los marineros salieron precipitadamente y vieron cómo la armadura llevaba entre sus brazos a Carafoca. Corrieron pasillo adelante, pero la armadura había desaparecido.

—¡Vamos al camarote del capitán!

Subieron por unas escalerillas y llegaron al camarote. Era una gran pieza rodeada de ojos de buey. En el centro había una pesada mesa de cedro con un jarrón lleno de flores secas. Pegada a la pared, una mesa de despacho. Un tintero con tinta seca, una chimenea con unos troncos apagados, una jaula con el esqueleto de un pájaro.

—Veamos el diario de navegación —dijo Garrapata.

Encima de la mesa había un libro rojo lleno de polvo. Garrapata lo abrió y leyó:

«Diario del *Pepinillo*, bergantín de tres palos, construido por J. S. Arthur, en Liverpool, por cinco mil libras y tres peniques».

Garrapata pasó la primera hoja y leyó algo que estaba escrito en lápiz rojo. Garrapata dio una patada en el suelo y tiró el libro al mar por un tragaluz.

—¿Por qué ha tirado el libro? —dijo Chaparrete, enfadado.

—Por lo que ponía ahí.

—¿Y qué ponía?

—«Tonto el que lo lea».

—Ha hecho bien. ¡Que se ría de su tía!

Garrapata, muy preocupado, se sentó en una silla. La silla rechinó y se redujo a polvo. Garrapata se cayó patas arriba.

—¡Qué delicadas son estas sillas! —dijo Chaparrete.

—No me gusta nada este barco —exclamó Garrapata.

En esto, el pájaro se puso a cantar y Chaparrete dijo:

—¡Qué bien canta ese pajarito!

—No es un pajarito, es el esqueleto de un pajarito.

—¡Vámonos! —dijo Chaparrete, con los pelos de punta.

En esto se oyeron unos gritos angustiosos:

—¡El coco! ¡El coco!

Garrapata y todos los marineros se escondieron debajo de la mesa.

—¡El coco! ¡El coco!

Comadreja llegó blanco como el papel y se sentó en una silla. La silla crujió, se derrumbó y sólo quedó un montoncito de serrín.

—¡El coco! —gritó Comadreja levantándose del suelo.

—¿Has visto al coco?

—No. El co-co… co-me…

—¿Te ha comido el coco?

—¡No! El co-co… ¡El comedor!

—¿Qué pasa en el comedor?

—Que hay fan…

—¿Que hay un flan?

—¡No! Fan… fan… fan… fantasmas.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Chaparrete.

—¡Qué tontería! Yo no creo en fantasmas —se burló Garrapata.

—Pues yo los he visto —musitó Comadreja, muerto de miedo.

—¿Cómo son?

—Blancos.

—¿Y qué hacen?

—Están comiendo en el comedor.

—Los fantasmas no comen.

—Pues éstos sí.

—¿Qué están comiendo?

—Setas venenosas.

—Lo que tú tienes es fiebre, Comadreja.

—Y usted, miedo.

—¿Miedo yo? ¡Vamos al comedor!

Garrapata subió las escaleras de puntillas, seguido de los demás marineros. Se oía ruido de cucharas. Garrapata se volvió y dijo a Chaparrete:

—¡Vaya, me he dejado la pipa! Siga usted, que yo vengo ahora mismo.

—La pipa la lleva en la boca, querido Garrapata.

—Entonces, voy por mi sombrero.

—No hace falta. Lo lleva en la cabeza.

—Es verdad. Voy por los zapatos.

—Ninguno llevamos zapatos.

—¡Caramba! Pues yo me voy por lo que sea, pero me voy.

—¿Tiene miedo?

—¿Yo miedo? ¡Qué tontería! ¡Sigamos!

Garrapata abrió la puerta del comedor y gritó, dirigiéndose a los fantasmas:

—¡Señores, que aproveche!

Los fantasmas no contestaron y siguieron comiendo. Unos cincuenta fantasmas subían y bajaban la cuchara al mismo tiempo y cada uno se estaba zampando un buen plato de setas. Medían como metro y medio de estatura, tenían la cabeza picuda y unos ojos redondos. El cuerpo era como un cucurucho de tela gelatinosa, blanda y fofa.

—¡Qué feos son! —dijo Garrapata.

—¡Y qué poca educación tienen! —dijo Chaparrete.

Garrapata se quitó el sombrero y repitió:

—¡Que aproveche, señores!

Los fantasmas siguieron como si tal cosa, come que te come.

—Deben de ser más sordos que un besugo metido en un baúl —dijo Chaparrete.

Garrapata se plantó en medio del comedor y gritó:

—¡¡¡Que aprovecheee!!!

—¡Gracias! —dijeron los fantasmas, y siguieron tragando como si nada.

Tenían unas manos puntiagudas y muy cortas, sin dedos; no usaban servilletas y se limpiaban en el cuerpo las manos llenas de grasa.

—¡Cochinos! —murmuró Chaparrete.

El jefe, que debía de ser uno que había por allí, amarillo y con bigote, arrugó un poco la cara. Comadreja le pellizcó a ver si estaba hueco y todos los fantasmas empezaron a saltar y a aullar:

—¡Uh, uh, uh, uh, uh, uh!

Garrapata salió corriendo por las escaleras en dirección a cubierta. Los marineros iban detrás. Todos estaban temblorosos y se escondían detrás de los palos.

—Conque no había fantasmas, ¿eh? —se burló Comadreja.

—Sí, pero no hacen nada —dijo Garrapata.

Los fantasmas salieron en tropel agitando su cuerpo y arrastrando unas pesadas cadenas. Las cadenas llevaban una bola de hierro en la punta.

—Parecen presidiarios —comentó Lechuguino.

Los fantasmas comenzaron a sacudir unos terribles coletazos; las cadenas se agitaban como si fueran látigos y las bolas cruzaban el aire con gran fuerza.

—¡Sacad los sables! —rugió Garrapata.

Los marineros desenfundaron los sables y se liaron a mandobles. Las cuchilladas no hacían mella en aquellos cuerpos gelatinosos. Solamente dándoles en mitad de los ojos o cortándoles la cola por encima de la cadena se desplomaban. Pero era difícil, por su continuo movimiento y por los terribles coletazos que sacudían.

—¡Madle mía! ¡Mi coleta! ¡Galapataaa!

Un fantasma había cogido al chino por la coleta y lo llevaba arrastrando por la cubierta. Garrapata dio una patada en el trasero al fantasma y lo tiró al mar. El fantasma se hundió haciendo «glu, glu, glu».

La batalla duró más de una hora. Los marineros mostraban terribles cardenales en el cuerpo. Algunos tenían las piernas partidas por los golpes de los fantasmas. Sobre cubierta yacían unos treinta fantasmas. Otros habían echado a volar y se habían posado en las vergas. Al doctor Cuchareta le mordió uno en un brazo y el doctor le dio en la cabeza con el maletín y lo arrugó como un acordeón. Chaparrete perdió la espada y se defendió con su larga nariz a narizazo limpio.

—¡Socolooooo!

Dos fantasmas habían cogido en volandas al chino y lo habían subido al sobrejuanete. Garrapata mandó ir por una sábana, y varios marineros la sostuvieron por las puntas. Los fantasmas tiraron al pobre chino de cabeza. Los marineros pusieron la sábana debajo, pero ésta se partió y el chino se hizo un chichón «de padle y muy señol mío».





10. En busca de Carafoca - Pulpos con cloroformo - El moro Mustafá - Marineros azules - Arbustos antropófagos - Lloviendo a cántaros - Una goleta

—VAMOS por Carafoca —dijo Garrapata.

—¿Quién va el primero? —preguntó Chaparrete.

—El más tonto —dijo Garrapata.

—Entonces, el chino.

—No quielo, echalemos a sueltes, ya está bien de abusal.

Los marineros echaron a suertes y le tocó al chino. Cogió éste un cucharón y comenzó a descender por la escotilla. Los marineros fueron detrás. Lechuza Flaca, que era un gafe, iba diciendo:

—Esto va a acabar como el rosario de la aurora.

Nada más decir esto se hundió una trampa y desaparecieron el chino, Chaparrete y tres marineros.

—Ya lo decía yo —dijo Lechuza Flaca.

—¡Cállate de una vez! —ordenó Garrapata.

—Me callo, pero esto me huele muy mal.

Efectivamente, de la bodega subía un olor nauseabundo.

Los marineros bajaron al comedor. Los platos habían desaparecido. Oyeron un ruido de pucheros y cacharros y todos bajaron a la cocina. La armadura estaba fregando los cacharros. De pronto se volvió con los brazos abiertos y avanzó hacia los marineros.

—¡Alto, o disparamos!

Una risotada se oyó dentro de la armadura. Los hombres dispararon y las balas atravesaron la coraza.

—¡Está hueca! —gritó Garrapata.

La armadura cogió en sus brazos a Comadreja. Este gritaba y pataleaba:

—¡No me mate, tengo doce hijos!

Los gritos no ablandaron a la armadura y desapareció pasillo adelante con el desgraciado marinero.

—Aquí hay una puerta —dijo Chaparrete.

—Tiradla abajo.

Los marineros tomaron carrerilla, y ya iban a chocar contra ella cuando se abrió sola. Los marineros entraron de cabeza en una habitación profunda y sin escaleras. Unos brazos descomunales los atraparon.

—¡Son pulpos! ¡Son pulpos gigantes!

Los marineros sacaron los cuchillos, pero aquellos terribles animales parecían de goma. Cuchareta sacó un frasco de cloroformo, untó el pañuelo y dijo a un pulpo:

—Toma, rico, límpiate los mocos.

El pulpo dejó caer los brazos y se mareó. Cuchareta hizo lo mismo con los otros cuatro pulpos, y pronto quedaron los marineros en libertad. Encendieron linternas y encontraron una puerta. En un cartel ponía: «Pasen sin llamar».

—Entremos —dijo Cuchareta.

—¡No! ¡Es una trampa! —gritó Garrapata.

—Abramos con el bastón.

Empujaron con el bastón y una piedra de cien kilos cayó del techo con gran estruendo.

—Pasemos ahora.

Los hombres entraron en una habitación, alumbrada por un candil. Un hombre vestido de moro escribía de espaldas.

—¡Ahí va! ¡Está sentado en el aire!

—¡Y el tintero está vacío!

—¡Qué cosas tan lalas! —dijo el chino.

—Siéntense —dijo el moro.

Los marineros se fueron a sentar en unas sillas, pero éstas desaparecieron y nuestros amigos se dieron un trompazo.

—¿Dónde está Carafoca? —preguntó Garrapata, enfadado.

—¿Quién? ¿Uno con cara de tonto? —dijo el moro.

—Sí.

—Ahí, encerrado.

Garrapata abrió un baúl y se encontró con un esqueleto.

—¡Pobre Carafoca! ¡Qué viejo está ya! —exclamó Garrapata.

—Ese no es Carafoca —dijo el moro.

—Entonces, ¿dónde está?

—Allí, encerrado en aquel frasco.

Los marineros sacaron a Carafoca de una botella muy grande.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó Chaparrete.

—Nada, me metió el moro para ponerme en alcohol.

—¿Y Comadreja?

—Está puesto en aceite en aquel bote.

Los marineros lo sacaron empapado de aceite. El moro se levantó y gritó:

—¡Fuera de aquí!

—¡No nos da la gana!

El moro dio un silbido y se abrió un armario. La armadura apareció moviendo los brazos.

—¡Mátalos! —ordenó el moro.

La armadura avanzó hacia Garrapata, pero de pronto se quedó quieta: se le había parado la cuerda. El moro corrió hacia ella con una llave, pero cien manos cayeron sobre él. Garrapata, una vez que le hubo quitado la llave, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Yo soy Mustafá. Yo iba de cocinero en este barco, el *Pepinillo*, pero un día envenené a toda la tripulación y la tiré al mar.

—¡Muy bonito! ¿Es suya la armadura?

—Sí, la robé en una tienda de El Cairo.

—¿Y anda sola?

—Tiene una llave para darle cuerda. Es muy obediente.

Garrapata dio cuerda a la armadura y ésta empezó a hacerle reverencias y dijo:

—A sus órdenes, honorable Garrapata.

—Dale una patada al moro —ordenó Garrapata.

La armadura le dio un patadón y cargó con un cofre que guardaba los planos de un tesoro escondido. Los marineros subieron detrás llevándose todos los utensilios que pudieron. El moro fue atado y conducido a la fuerza al *Salmonete*. El *Pepinillo* fue abandonado.

El buque pirata comenzó a moverse despacio. No soplaba casi viento. Los marineros, después de tantas emociones, cayeron rendidos en sus camas.

—¿Qué serán estas manchas que tengo en las piernas? —dijo Garrapata.

—Eso es que no te lavas —contestó Carafoca.

—Yo también tengo manchas —intervino Chaparrete.

El doctor Cuchareta las observó y dijo:

—Es el escorbuto.

—¿El escorbuto? ¿Qué es eso?

—Es una enfermedad que se adquiere por no comer más que cosas secas.

—¿Y con qué se cura?

—Comiendo frutas frescas.
—¿Y de dónde las sacamos?
—Esos arbustos tienen frutos.
—¡Ja, ja, ja! Son venenosos —gritó el moro.
Cuchareta se rascó la cabeza y dijo:
—Se los daremos al gato, a ver si se muere.
—Los gatos no comen fruta.
—Entonces, al loro.
El loro comió uno, que era de color azul, y no se murió. Pero sus plumas se volvieron azules.
—Comamos —dijeron los marineros.
Comieron de aquellos frutos y las manos y la cara se volvieron azules. Los que comieron frutos rojos se volvieron de color rojo, como cangrejos cocidos. Otros comieron frutos amarillos y se pusieron color calabaza. Carafoca se puso verde como un melón y Chaparrete morado como una berenjena. Los que comían varios frutos de distintos colores tenían la piel a rayas, también de distintos colores. El teniente Lechuguino parecía una cebra. Comadreja, que se había comido un fruto con pinchos, parecía un puerco espín. El doctor Cuchareta lo arregló cociendo los frutos con bicarbonato y aspirinas machacadas. Con todo ello el escorbuto fue desapareciendo.
A todo esto, Garrapata deseaba salir del mar de los Sargazos, pero las algas y los arbustos flotantes atenazaban al *Salmonete*.
—No saldréis —aullaba el moro—. Moriréis conmigo.
De aquella maraña vegetal salían unas hojas gigantes con grandes dientes, capaces de comerse crudos a los marineros. Otras tenían grandes trompas como elefantes y daban unos trompazos terribles. Por todo ello, un día…
—¡Preparen las baterías! —gritó Garrapata.
—¡Carguen los cañones!
—¡Apunten!

—¡Fuego!

¡Pumba! Los catorce cañones dispararon a la vez, vomitando fuego y metralla. Los arbustos rugieron y se retorcieron, soltando su presa. El *Salmonete* quedó libre. El aire, sin embargo, no soplaba. Garrapata mandó hacer al carpintero unos remos y los marineros remaron con todas sus fuerzas.

Con todo, el *Salmonete* no se movía.

—¿Habéis quitado el ancla? —preguntó Garrapata.

—No.

—Entonces, ¿cómo va a moverse el barco?

Levantaron el ancla y el barco se movió pesadamente. Los hombres, debilitados por tantas privaciones y sedientos por la falta de agua, no podían con los remos.

—¡Si lloviera un poco…! —dijo Garrapata.

El sol echaba lumbre. Una calma chicha tenía clavado al barco. El chino, tumbado en cubierta, cantaba una canción oriental. Cantaba muy mal y Garrapata le regañó:

—No cantes, que va a llover…

Una nubécula empezó a formarse encima del barco. Garrapata miró al chino y se rascó una oreja.

—¿Y si cantásemos todos? —preguntó.

—A lo mejor, llovía —dijo Lechuguino.

Garrapata reunió a toda la tripulación y les ordenó que cada uno cantara lo peor que pudiera. Los marineros empezaron a cantar. Gruesos nubarrones invadieron el cielo. El barómetro descendió a 700 milímetros y un viento pesado y húmedo sopló del sur. El mar se encrespó.

—¡Cantad peor aún y más fuerte! —rugió Garrapata.

Los marineros así lo hicieron y Garrapata tuvo que taparse los oídos. Un temblor horrible sacudió el barco de arriba abajo y un rayo hizo astillas el palo mayor. Las nubes se hartaron y empezó a llover a cántaros. Los cántaros caían

sobre la cubierta con un ruido ensordecedor. A Carafoca le cayó uno en la cabeza y le dejó sin sentido.

—Recoged los que podáis —gritó Garrapata.

La bodega quedó repleta de cántaros llenos de agua.

—Desplegad las velas —ordenó Garrapata.

El viento venía de popa y el *Salmonete* empezó a surcar las aguas rapidísimamente. Llegó la noche y una niebla espesa cubrió el mar. Garrapata mandó al hombre del anteojo que oteara el horizonte, pero era imposible distinguir un burro a tres palmos. Por la mañana se produjo un claro en la niebla y míster Calabacín gritó:

—¡Barco a la vista!

—¿En qué dirección?

—Dos millas a barlovento.

—¿Y eso qué es? —preguntó Garrapata.

—Por donde sopla el viento, ¡caramba! —dijo Calabacín.

—¿Y por dónde sopla?

—¡Y yo qué sé! —contestó Calabacín.

—¿Qué clase de barco es? —preguntó Garrapata.

—Una goleta, o un bergantín.

—¿Una maleta o un maletín?

—Sí, capitán.

—¿Es francesa?

—No, es inglesa.

—Bueno, es lo mismo. ¡Marineros, a por ella!

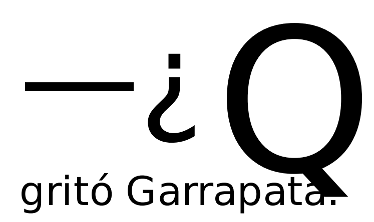
—¡Marineros, la paella! —dijo Carafoca.

La goleta se puso un momento al pairo para esperar. Un cañonazo avisó al *Salmonete* que sacara su bandera.

—¡Sacad la bandera! —ordenó el capitán Garrapata.

Los marineros sacaron la bandera. Al ver la goleta que era la bandera negra de los piratas, salió huyendo.

11. Lluvia de polvorones - Preparados para el potaje - La cabeza de Garrapata - Una corbata inglesa - Sacos de ratas - Garrapata enamorado - Desmayo de Floripondia - Otro desmayo



—¿QUÉ velocidad llevamos?

—Cinco millas, mi capitán.

—Son pocas. ¡Haced más millas! —gritó Garrapata.

—¡Haced más sillas! —gritó Carafoca.

Los marineros cogieron serruchos y martillos y empezaron a hacer sillas. Pronto la cubierta se llenó de sillas. Garrapata se tiraba de los pelos:

—¿Qué estáis haciendo, majaderos?

—Estamos haciendo más sillas.

—Imbéciles, yo dije que hicierais más millas.

—¡Ah, bueno, eso es otra cosa! —dijeron los marineros.

El *Salmonete*, a golpes de remo, se acercó a la goleta.

—¿Cuántos cañones lleva la goleta? —preguntó Garrapata.

—Quince —contestó Calabacín.

El *Salmonete* viró en redondo, Garrapata sacó el pañuelo y saludó:

—¡Hasta mañana! ¡Son muchos cañones!

La goleta, al ver huir al *Salmonete*, lanzó una andanada que llenó de agujeros los juanetes.

—¡Cochinos! Me las pagaréis —rugió Garrapata.

Garrapata dio una patada en el suelo, escupió por un colmillo y ordenó:

—¡Novecientos grados a babor!

El *Salmonete* empezó a dar vueltas vertiginosamente.

—¡Disparad los polvorones!

Los cañones vomitaron fuego. Como el barco giraba, unas veces disparaban contra la goleta los cañones de babor, otras los de estribor, otras los de popa, otras los de proa. Los marineros de la goleta estaban bizcos.

—Echad el freno —gritó Garrapata.

El *Salmonete* se paró junto a la goleta.

Unos garfios como unas manazas de hierro cayeron sobre los parapetos de la goleta enemiga.

—¡Preparaos para el abordaje! —rugió Garrapata.

—¡Preparaos para el potaje! —repitió Carafoca.

Los marineros del *Salmonete* cayeron como lobos sobre los soldados de la goleta. Estos eran gordos y barrigudos y poco diestros en luchar. Iban vestidos de colorado y salían a borbotones de la bodega.

—Deben de tener una fábrica de soldados —dijo Garrapata.

Las balas cruzaban el aire en todas direcciones.

—¡Sacad los sables! —gritó Garrapata.

Se luchó cuerpo a cuerpo entre aullidos y mordiscos. La cubierta estaba llena de brazos, piernas, orejas, narices y cabezas. El doctor Cuchareta ponía parches, repartía aspirinas y pegaba brazos, piernas y narices. Con un bote de cola y una brocha hacía maravillas.

A un soldado le puso la cabeza del revés, a Lechuguino le pegó la nariz en la frente, a un soldado le puso cuatro piernas y parecía un caballo. En un rincón estaban apilados los muertos. La batalla era terrible. Garrapata perdió la espada, pero se desatornilló la pata y empezó a golpes con ella. De pronto, la armadura apareció en cubierta y los soldados gritaron:

—¡Una armadura! ¡Ahí va! ¡Una armadura!

Los soldados se lanzaron sobre ella. La armadura se sentó a fumar un cigarro mientras le llovían los golpes encima.

—¿Me dan fuego, caballeros?

—¡Tome fuego! —dijeron los soldados, disparando sus pistolas.

—Gracias.

La armadura quedó como un colador. Se levantó tranquilamente y empezó a coger soldados por el cogote y a echarlos al agua.

—¡Al comedor! —gritó Garrapata, una vez acabada la refriega.

Los marineros cayeron sobre la comida como chacales. Allí no había educación por ninguna parte.

—No pongáis los pies encima de la mesa —gritaba Garrapata.

—Entonces, ¿en dónde los ponemos?

—Oro, oro —gritó en ese momento Carafoca.

La bodega estaba llena de sacos de oro que transportaba el barco desde América. Los soldados cogieron cada uno un saco y se lo cargaron a las espaldas.

—¡Llevadlo al *Salmonete*! —ordenó Garrapata.

El capitán de la goleta, un hombre muy gordito, no paraba de gritar:

—¡Os ahorcarán a todos, ladrones, bandidos!

—Ahorcadle a él —ordenó Garrapata.

Los piratas cogieron una cuerda y la colgaron de un palo. Miss Floripondia se puso de rodillas y suplicó:

—Perdonadle, señor, vos que sois generoso.

Garrapata se puso encarnado como un tomate y ordenó:

—Soltadlo.

El capitán de la goleta se levantó y, acercándose a miss Floripondia, le besó la mano:

—Gracias, hermosa joven, me habéis salvado la vida.

Luego, dirigiéndose a Garrapata, le preguntó:

—¿Sois vos el pirata Garrapata?

—Sí.

—¿Sabéis que toda Inglaterra os busca?

—Es un honor que me busque tanta gente.

—¿Sabéis que han puesto precio a vuestra cabeza?

—No. ¿Cuánto dan por ella?

—Cinco mil libras y tres peniques.

—¡Caramba! Valgo una fortuna. Por los brazos solos, ¿cuánto dan?

—No, nada.

—¡Qué roñosos!

—¡Barco a la vista! —gritó Calabacín desde la cofa.

—¡Todos al *Salmonete*! —ordenó Garrapata.

Garrapata abrazó al capitán, recogió cerdos, gallinas y todo lo que pudo y de un salto pasó al *Salmonete*.

—¡Levantad los garfios!

Los garfios de abordaje se levantaron y Garrapata cambió impresiones con Carafoca y Chaparrete.

—¿Cuántas libras hemos cogido?

—Medio millón.

—¿Cuántas gallinas?

—Cincuenta.

—No está mal. ¿Y cerdos?

—Quince.

—Ahora que hablamos de cerdos, ¿ha muerto algún marinero?

—Sí. Diez.

—Mejor. Así tocaremos a más.

—¡El barco se acerca! —gritó desde arriba Calabacín.

—¿Qué es?

—Una corbeta.

—Dirás una corbata.

—Bueno, ¿qué más da? Una corbata inglesa.

—¿Cuántos nudos lleva?

—Un montón. Se dirige aquí a toda velocidad.

—¿Qué tal nuestro timón?

—Está roto. No podemos dar la vuelta. Nos cogerán.

—¿Qué tal andamos de juanetes, Carafoca?

—Muy mal. Casi no puedo andar.

—¡Imbécil! Digo los del barco.

—Mal, también; están llenos de agujeros.

—Entonces, desplegad las cangrejas —rugió Garrapata.

Garrapata corrió a la bodega y tardó un rato en salir. Después ordenó preparar dos chalupas.

—Llevad estos sacos de oro a cubierta y cargadlos en las chalupas.

Los marineros hicieron lo ordenado.

—Botad las lanchas en el agua.

Las lanchas fueron bajadas y quedaron flotando a merced de las olas. La corbeta, que venía ya muy cerca, paró. El vigía había visto los sacos de oro y el capitán había ordenado recogerlo.

—Nos quedamos sin oro —se lamentó Chaparrete a lágrima viva.

—No —dijo Garrapata—. Los sacos están llenos de piedras y ratas.

Un griterío horrible se oyó allá en la goleta. Los soldados, al meter las manos en los sacos, habían sido mordidos por

los asquerosos roedores.

—Soltad todas las velas —gritó Garrapata.

El *Salmonete* escapó y se internó en un banco de niebla. Los marineros bajaron las velas para que miss Floripondia las remendase.

—¿Os gusta cómo han quedado? —dijo Floripondia.

—Sí —dijo Garrapata, rojo como un pimiento.

—¿Hay algo más que coser? —dijo Floripondia.

—Sí… Mi corazón… Está destrozado por vos.

—Caballero, sois un insolente —dijo la joven dándole una sonora bofetada.

La joven se retiró a su camarote y cerró dando un portazo, con tal fuerza que el timón viró tres grados a estribor.

—¡Tres grados a babor! —ordenó enderezar Garrapata.

—Y una bofetada a estribor —dijo Carafoca.

De pronto el mar empezó a poblarse de velas a lo lejos.

—La tierra se acerca —dijo Calabacín.

—Sí, pero ¿qué tierra será? —dijo Garrapata.

—Vamos a preguntarlo.

El *Salmonete* ocultó su bandera. Un bergantín se acercó.

—¿Sabe si está cerca Jamaica? —preguntó Garrapata al capitán del bergantín.

—Sí. Tire por la derecha, tuerza luego a la izquierda, la cuarta empezando por la cola. ¿Entendido?

—Sí, siete pasos a la izquierda, ocho para la derecha, un paso al frente, dos atrás y cuando llegue a la esquina…

—¡Estupendo! Así llegará a la Cochinchina —dijo el capitán.

—¡Tirad «palante»! —rugió Garrapata.

Al enterarse Garrapata de que Jamaica estaba cerca, mandó arreglar el barco de arriba abajo.

—A pintar el barco —gritó.

—¿De qué color?

—De verde.

—¿Y las puertas?

—De rojo.

—¿Y el casco?

—De azul.

La pintura pringaba por todos los sitios. El chino pintaba con la coleta. Pintó los pucheros de la cocina, la escoba, los platos, las sillas. A Garrapata le embadurnó la pata de amarillo. El loro lo pintó de colorado y el gato de verde. Garrapata mandó luego fregar el suelo y darle cera. Después ordenó:

—Lavad la ropa.

Los marineros se quedaron en calzoncillos y cada uno lavó su ropa.

—¿Dónde la tendemos?

—En los mástiles.

El barco estaba precioso: las camisas, los calcetines, los calzones y los pañuelos colgaban como banderolas. Garrapata, muy satisfecho, recorrió el barco.

—¡Tierra a la vista! —gritó entonces Calabacín.

Los marineros empezaron a saltar de alegría. Miss Floripondia cayó desmayada de emoción. El *Salmonete* enfiló entre dos barcos que estaban muy cerca y se llevó el timón de uno. Un mercante estaba desembarcando barriles de vino y el *Salmonete*, de un topetazo, los desembarcó todos de una vez.

—¡Gracias! —gritó el capitán del mercante.

—¡Echad el freno!

Los marineros echaron el ancla por la borda.

—¡Cuidado! —gritó un pescador desde su lancha.

El ancla le había caído en un pie y le había hundido la barca.

El *Salmonete* se detuvo. El puerto, lleno de gente, se venía abajo de pañuelos y de aplausos. Un barco de guerra

disparaba veintiún cañonazos de bienvenida con salvas de pólvora.

—¿A quién dispara? —preguntó Garrapata.

—Yo creo que a nosotros —dijo Chaparrete.

—Mándale un polvorón.

Chaparrete disparó un cañonazo y el cañón del buque de guerra voló hecho migas. En esto, un joven rubio y alto subió por las escalerillas y dio un abrazo a Chaparrete.

—Hola, mi querida Floripondia, soy Pistolete, tu prometido.

—¡Yo no soy Floripondia, caballero!

—Entonces, ¿dónde está mi Floripondia?

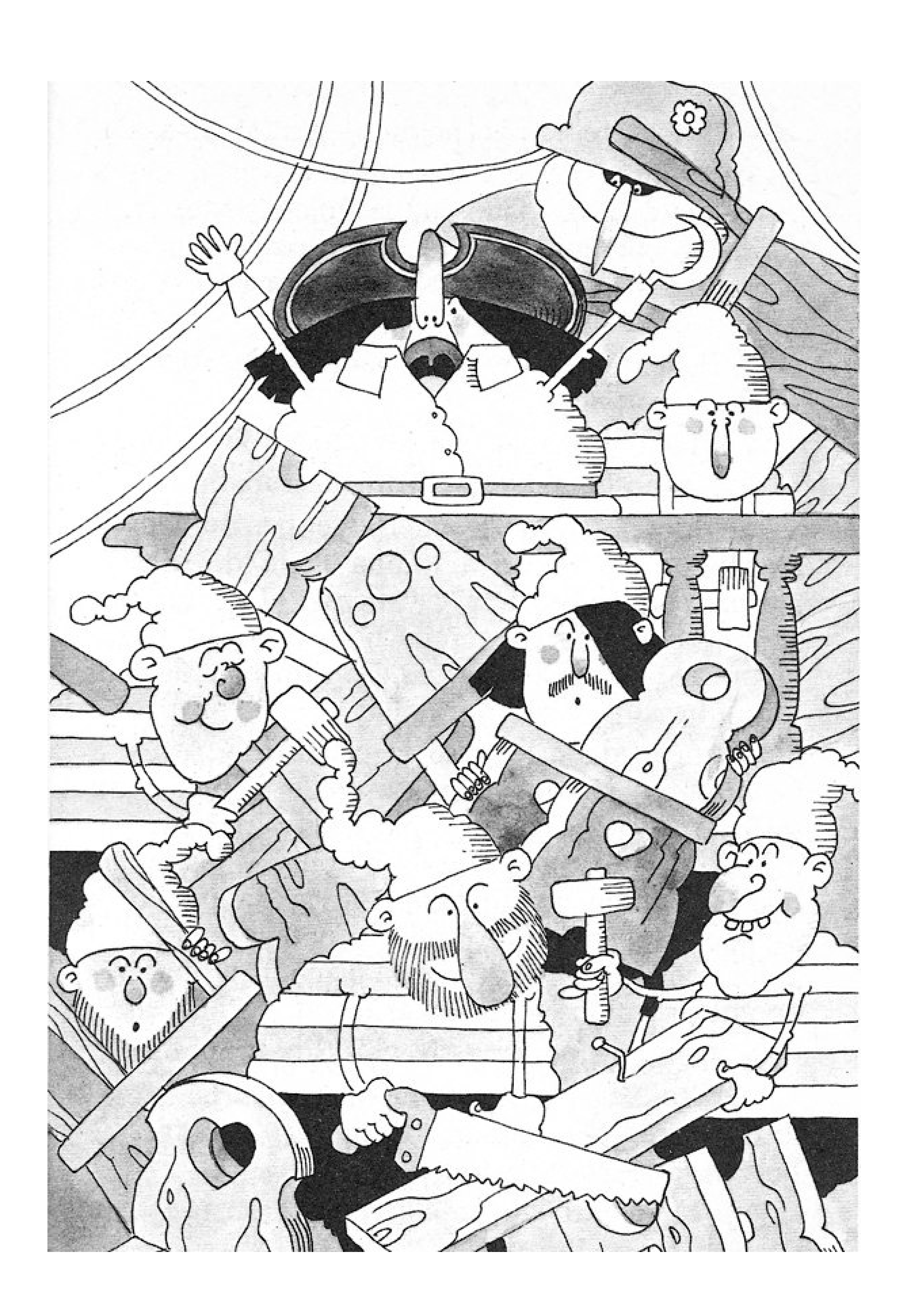
—Estará donde siempre, mareada en algún rincón.

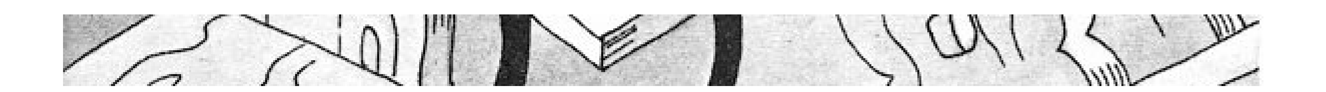
Míster Pistolete dio un abrazo al chino, y éste gritó:

—¡Señol, que yo tampoco soy! ¡Cómplese unas gafas!

El joven abrazó a toda la tripulación hasta que encontró a miss Floripondia, desmayada en una silla.

Floripondia abrió los ojos, vio a Pistolete y volvió a caer desmayada por la emoción.





12. Huele a traición - Juicio de guerra - Desmayo de Floripondia - Nuevo mareo - Limas y timones - El orinal - La comba - El cepillo de dientes - Los frailes capuchinos

AQUELLA noche hubo cena de gala en el palacio de Pistolete. El gobernador de la isla, sir Almohadilla, llegó arrastrando su sable de tres metros. Saludó a todos con grandes inclinaciones de pescuezo. El taimado Comadreja se sentó a su lado y le susurró unas palabras al oído. El gobernador no hacía más que mirar a Garrapata y se mordía el bigote.

—Aquí huele a traición —dijo Garrapata a Chaparrete.

—Pues a mí me huele a pavo asado —dijo Chaparrete.

De pronto, sir Almohadilla se levantó y gritó:

—¡Garrapata, daos preso!

—Que te crees tú eso —dijo Garrapata sacando su espada.

Se abrió la puerta y se precipitaron en la sala varios soldados montados a caballo, que prendieron a Garrapata y a Chaparrete y los llevaron a la prisión del Moro.

Los guardianes llenaron de cadenas a los dos piratas y los bajaron a unos oscuros calabozos llenos de telarañas y ratas.

—Ponedles los grillos —ordenó Pistolete.

—Grillos no, que me molesta la música.

—¡Ponédselos, he dicho!

Los guardianes les pusieron unos pesados grillos.

—¿Dónde está la cama? Quiero dormir.

—No hay cama —rugió Pistolete.

—¿Y el colchón?

—No hay colchón.

—¿Y dónde me siento? ¿En el suelo?

—No hay suelo.

—¡Pues vaya una cárcel! No tiene más que ratas…

Al día siguiente, Garrapata fue llevado al palacio del gobernador. En una carroza blanca tirada por dos mulas negras cruzó la ciudad. Miles de personas esperaban su llegada. El capitán se sentó en el banquillo de los acusados. Unos jueces vestidos de negro y con grandes pelucas blancas se sentaron muy serios detrás de una mesa.

Garrapata se levantó, les dio la mano y les dijo:

—Les acompaño en el sentimiento, señores. ¿Por quién van de luto?

—¡Siéntese y cierre la boca! —rugieron los jueces.

Garrapata se sentó y cerró la boca.

Sir Almohadilla preguntó con voz cavernosa:

—¿Sois vos el feroz Garrapata?

Garrapata no contestó.

—¿Por qué no contesta?

—Porque no puedo hablar con la boca cerrada.

—Entonces ábrala y conteste.

—Pues sí, señor, yo soy Garrapata.

—¿Es verdad que se apoderó del *Salmonete*?

—Sí, señor.

—¿Es verdad que atacó barcos ingleses?

—Sí, señor.

—¿Es verdad que robó varios sacos de oro?

—Sí, señor.

—Entonces, pena de muerte.

—¡Qué pena! —dijo Garrapata llorando.

En ese momento, Floripondia, que estaba entre la gente, cayó desmayada. Comadreja soltó una risotada y el público se tapó la cara con las manos.

—¿Queréis morir a garrote vil? —preguntó sir Almohadilla.

—No, no me gustan los garrotazos.

—¿Preferís el hacha del verdugo?

—No, que hace mucho daño.

—Entonces, moriréis ahorcado.

—¿Cuándo? —preguntó Garrapata.

—Dentro de cuatro días.

Garrapata sacó un cuaderno y lo apuntó. Luego dijo:

—¿A qué hora?

—A las tres de la tarde.

—¿No podía ser a las cuatro?

—¿Por qué?

—Porque me gusta dormir la siesta.

—Entonces, a las cuatro.

Garrapata fue llevado de nuevo a la prisión, en compañía de Chaparrete, a quien habían condenado también a morir ahorcado.

Por la tarde llamó el carcelero a la puerta y entró:

—Una hermosa joven pregunta por usted, Garrapata.

Garrapata se estiró la chaqueta, se limpió los zapatos con saliva y dijo:

—Que pase.

Era Floripondia, que entró con los ojos enrojecidos.

—No lloréis, milady. No merezco una lágrima vuestra.

—Dejadme que llore. Vais a morir.

—Soy un pirata feo, malo y patituerto.

—Pero tenéis el corazón de oro.

—Cuando haya muerto, ¿os acordaréis de mí? —dijo Garrapata.

Floripondia empezó a sollozar. Garrapata tomó la mano de la joven y la estrechó contra su pecho.

—¡Os amo, miss Floripondia! Moriré pensando en vos.

Floripondia, roja como una amapola, entregó a Garrapata un paquete y un saco. En esto llegó el carcelero y gritó:

—Se pasa el tiempo, señorita. Despedíos.

Floripondia, transida de dolor, cayó desmayada en el suelo. El carcelero se la llevó y cerró la puerta. Garrapata lloraba agarrado a los barrotes.

La luna se ponía en el horizonte. Pasó un rato y el carcelero volvió. Era un hombre feroz, mal afeitado y siniestro. Vio el saco en el suelo y preguntó:

—¿Qué hay en el saco? ¿No serán limas?

—No, señor, son limones.

—Está bien. ¡Que aprovechen!

El carcelero se marchó y Garrapata abrió el saco.

—¿Qué hay en el saco? —preguntó Chaparrete.

—Un pico y una pala.

—¿Y para qué los queremos?

—Para escaparnos, majadero.

—Pues manos a la obra.

Los dos piratas empezaron a picar en el suelo. Pasaron toda la noche haciendo un túnel muy grande.

—¡Atiza, un orinal! —dijo Garrapata.

—¿Dónde estamos? —preguntó Chaparrete.

—Debajo de una cama.

—¿De quién será?

—De míster Longaniza, el director de la cárcel.

—¡Qué mala pata!

Míster Longaniza encendió un candil y preguntó malhumorado:

—¿Quién anda ahí?

—Nosotros.

—¿Y qué quieren?

—Nada. Pasábamos por aquí y queríamos despedirnos.

—¿Dónde van?

—A la calle. Nos vamos a escapar.

—¿Que se van a escapar? ¡Ja, ja! Yo soy muy listo.

Míster Longaniza dio un salto y los cogió del pescuezo. Luego los llevó a la celda y les mandó tapar el agujero. Garrapata se sentó abatido en el suelo. Cogió entre sus manos el paquete que le entregó Floripondia y lo abrió:

—¿Qué es?

—Son dos bocadillos. Al menos, comeremos.

Chaparrete dio un mordisco y se rompió un diente.

—¡Caramba, qué carne tan dura!

Garrapata dio un mordisco y se rompió otro diente.

—¡Atiza! Hay una lima dentro.

—Floripondia se ha burlado de nosotros —dijo Chaparrete —. En vez de jamón nos ha metido dos limas.

Garrapata y Chaparrete tiraron las limas a un rincón y terminaron su bocadillo. Una enredadera trepaba por la pared. Sus florecillas azules se asomaban por las ventanas. Un pajarito saltaba alegre al sol del atardecer.

—¡Qué hermosa es la libertad! —dijo Garrapata.

—¡Me gustaría ser un pájaro para volar! —dijo Chaparrete.

—Pues a mí me gustaría ser un pez sierra —dijo Garrapata.

—¿Para qué?

—Para serrar estos barrotes.

—Es verdad. ¡Si tuviéramos unas limas…!

Los piratas se acostaron en el suelo sobre un poco de paja. Al día siguiente, al barrer la celda, el carcelero encontró las limas en el rincón:

—¿Qué hacen estas limas aquí? —exclamó furioso.

—Venían dentro de los bocadillos.

—¿No las tendréis para limar los barrotes?

—No, señor. Para limarnos las uñas.

—Está bien. Pero ojo, que a mí no me la da nadie con queso.

—Se la daremos con jamón.

Cuando el carcelero se fue, Garrapata y Chaparrete se lanzaron sobre las limas y empezaron a limar los barrotes. Eran muy gordos.

Al ruido, acudió el carcelero.

—¿Qué estáis haciendo? —rugió.

—Limando los barrotes.

—¿Para qué?

—Para que entre aire.

—¡Ah, bueno! Pero ojo, que yo no tengo un pelo de tonto.

El carcelero se fue a comer. Los piratas siguieron con su trabajo, un poco preocupados.

—Creo que se está escamando un poco —dijo Garrapata.

Por la noche ya estaban rotos los barrotes.

—Y ahora, ¿dónde encontraremos una cuerda?

—La pediremos al carcelero.

—¡Carcelerooo! Una cuerda.

El carcelero trajo una soga y preguntó:

—¿Para qué la queréis?

—Para jugar a la comba.

Se fue el carcelero y los dos piratas se descolgaron por la ventana. La cuerda se partió y por poco se rompen la cabeza.

—¡Atiza! ¡Tenemos que volver! —dijo Garrapata.

—¿Por qué?

—Porque se me ha olvidado el cepillo de dientes.

—¡Qué fastidio! Vamos por él —dijo Chaparrete.

Llamaron, y el portero abrió de malas pulgas la puerta de la cárcel.

—¿Qué queréis a estas horas?

—Pues que nos habíamos escapado y veníamos por el cepillo de dientes.

El portero abrió y tocó la campana. Míster Longaniza bajó corriendo rodeado de guardias y apresó a los piratas:

—¡Ja, ja! Es muy difícil escapar de mí. Yo soy muy listo.

A los piratas los encerraron en una celda sin ventanas.

—¿Cuánto falta para cortarnos el gañote? —dijo Chaparrete.

—Dos días.

Mientras tanto, en el *Salmonete*, Carafoca se mordía las uñas de impaciencia.

—¿Cuándo se escapará Garrapata? —pensaba.

Aquella tarde, sir Almohadilla y el traidor Comadreja se presentaron con una fuerte escolta para apoderarse del *Salmonete*.

Subió Comadreja el primero y Carafoca le dio un golpe con el rodillo de la cocina.

—Metedlo en el cuarto de las ratas.

Subieron los soldados todos en tropel, pero la escalera se partió. Los soldados se cayeron y se dieron un morrón descomunal.

—¡Cuidado, que os caéis! —gritó Carafoca.

Al día siguiente dos frailes capuchinos llegaban a la cárcel del Moro. Longaniza los llevó ante la celda de los piratas.

—Pasen sus reverencias. Pero cuidado, que muerden.

Pasaron los frailes y el carcelero cerró la puerta.

—Ave María purísima —dijeron los frailes.

—Sin pecado concebida —respondieron los piratas, dando un estacazo a los frailes.

—¡Pronto, pongámonos sus trajes! —dijo Garrapata.

Llamaron luego al carcelero. Este abrió y preguntó:

—¿Qué? ¿Han sido buenos?

—Sí. Son unos angelitos. Están durmiendo.

—Quisiera su bendición —dijo el guardián poniéndose de rodillas.

—Tenemos prisa. Otro día.

—Por favor, denme su bendición.

—Pues ¡toma castaña!

Los piratas le dieron un golpe y le quitaron las llaves. Longaniza salió a su encuentro y dijo:

—Hermanos, ¿me dan una estampita?

—¿Grande o pequeña?

—Cuanto más grande, mejor.

—Pues ¡toma estampita!

Longaniza salió rodando por el suelo. Garrapata y Chaparrete abrieron la puerta y echaron a correr.

—¡Alto! —gritó el guardia.

Pistolete se acercó:

—¿Dónde van tan corriendo?

—Es que se quema el convento y vamos a apagar el fuego.

—Monten en mi carroza. Yo les llevaré.

Subieron al pescante y Garrapata restalló el látigo. Dando trompicones, la carroza corría cuesta abajo. Una rueda se salió y se metió en un portal.

—¡Cuidado, se ha roto una rueda! —gritó Pistolete.

—No importa, aún quedan tres.

Al dar una vuelta, la carroza se llevó una esquina por delante. Una piara de cerdos que cruzaba la calle quedó convertida en salchichón.

—¿Queda alguna rueda? —preguntó Pistolete.

—No, pero ya llegamos.

La carroza se estrelló contra unas tinajas de vino que había en la puerta de una taberna.

—¿Hemos llegado? —preguntó Pistolete sacando la cabeza por la ventanilla.

—Sí —dijo el posadero dándole un puñetazo en un ojo.

Los dos piratas salieron corriendo.

—¡Es Garrapata! —exclamó Pistolete—. ¡A por él!

Los piratas cruzaron el mercado derribando los puestos de tomates y repollos. Garrapata se pisó el hábito y cayó en una cesta de huevos.

—¡Ya es nuestro! —gritó Pistolete lanzándose sobre Garrapata.

Pero resbaló con una cascara de plátano y cayó de cabeza en un barreño de miel.

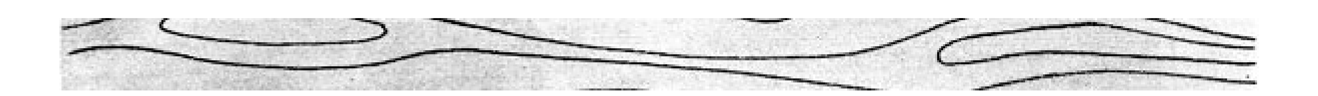
—¡Huyamos!

Los dos piratas sacudieron unos sacos llenos de harina y desaparecieron detrás de la polvareda.

—Vamos a quitarnos los hábitos —dijo Garrapata.

—Sí, ya no nos sirven.





13. El entierro - Pepinillos en vinagre - El lobo de mar y el cangrejo de río - La isla del Boquerón - La ídem de las Tortugas - Un elefante en la sopa

PASABA un entierro. Varias personas iban detrás llorando. Los piratas se acercaron a la comitiva. Unos soldados abrieron la puerta de la muralla y se quitaron el sombrero. Los piratas sacaron sus pañuelos y, llorosos y compungidos pasaron delante de las narices de los guardianes.

—¿Quién es el muerto? —preguntó el guardia a Garrapata.

—No sabemos. No le hemos visto nunca.

—Entonces, ¿por qué lloran?

—Porque le queríamos mucho. ¡Era tan bueno!

Los guardias se quedaron un rato rascándose la cabeza. Luego, salieron detrás de los piratas. Empezaron a tiros, el entierro se disolvió y el muerto se quedó solo. Pasaba un carro de cubas vacías.

—Vamos a meternos en una cuba —dijo Garrapata.

—Sí, así no nos cogerán.

El carro siguió camino del puerto. Al llegar, una patrulla de soldados paró el carro. Los soldados subieron, abrieron la

tapadera donde estaba Garrapata y preguntaron:

—¿Qué hay aquí?

—¡Vino de Jerez! —gritó Garrapata.

Los soldados se pegaron un susto. Luego abrieron otra cuba y preguntaron:

—¿Qué hay en esta cuba?

—Pepinillos en vinagre —dijo Chaparrete sacando la cabeza.

—Está bien —respondieron los soldados.

Se bajaron del carro y preguntaron al cochero.

—¿Has visto a dos tipos sospechosos?

—No. Yo soy sordo y no los he visto.

—Ni nosotros tampoco —dijeron los piratas sacando la cabeza.

—Bueno, sigan su camino.

Él carro llegó al puerto. Los dos piratas se bajaron y dieron las gracias al cochero. En el muelle había mucho movimiento. El *Salmonete* estaba anclado como a dos tiros de fusil. Sir Almohadilla, rodeado de generales, hablaba en un grupo. Los oficiales daban órdenes a cientos de soldados. Garrapata se puso la pipa en la boca, cogió una red y se acercó a una barca como si fuera un lobo de mar.

—¿Dónde van? —preguntó un oficial.

—Vamos a pescar.

—¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy un lobo de mar —dijo Garrapata.

—Y yo un cangrejo de río —dijo Chaparrete.

—Atrás. No se puede salir.

Los piratas se sentaron en unas cestas de gallinas.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—Ya veremos.

En un almacén había centenares de carneros que balaban impacientes. Garrapata dijo:

—Vamos dentro.

Entraron en el almacén, dejaron la puerta abierta y pincharon con un alfiler a los carneros. Estos salieron corriendo y tiraron las cestas y los tenderetes. Los dos piratas se pusieron a cuatro patas y se mezclaron con los carneros.

—¡Beeeeee! ¡Beeeeee! —decían los carneros.

—¡Beeeeee! ¡Beeeeee! —decían Garrapata y Chaparrete.

Los carneros embistieron a los soldados y los echaron al mar. Sir Almohadilla chillaba en el agua mezclado con los carneros. Los dos piratas nadaron con todas sus fuerzas hacia el *Salmonete*.

—Ponte un carnero encima —dijo Garrapata.

—Buena idea. Así no nos verán —dijo Chaparrete.

Cuando llegaron al barco, Carafoca y sus compañeros saltaron de júbilo.

—Dejad de saltar y larguémonos en seguida —rugió Garrapata.

Todos los barcos del puerto venían por el *Salmonete*. Los cañones del fuerte disparaban. Era noche cerrada. No había luna y no se veía nada.

—Lanzad una barca llena de faroles —rugió Garrapata.

Los marineros echaron al mar una barca llena de faroles y el *Salmonete*, amparado en la oscuridad, enfiló la estrecha boca del puerto. Los barcos disparaban sobre la barca creyendo que era el *Salmonete*.

—¡Rumbo a mediodía! —gritó Garrapata.

—¡Un cubo de judías! —repitió Carafoca.

—¡Largad las cangrejas! —rugió Garrapata.

—¡Escoged las lentejas! —gritó Chaparrete.

Los marineros se sentaron en el suelo de cubierta y empezaron a escoger las lentejas.

—¿Qué hacéis, imbéciles? —preguntó Garrapata, repartiendo latigazos a diestro y siniestro.

El barco corría ligero. Carafoca cogió de los pelos a Comadreja y lo llevó a Garrapata. Este le dio una bofetada y le volvió la cara del revés.

—¿Le ahorcamos por traidor? —dijo Chaparrete.

—No, eso es poco. Ponedle una semana a pan y sardinas.

—¡Antes la muerte! —gimió Comadreja.

El marinero fue encerrado en el calabozo con un cajón de sardinas fritas. A la mañana siguiente Garrapata mandó subir al moro con el cofre, extendió los planos y preguntó:

—¿Dónde está el tesoro?

—Aquí, en la isla del Boquerón —dijo el moro.

—Mentira —dijo el loro de Garrapata.

Garrapata cogió al moro por las barbas.

—Dime dónde está o te arranco la barba.

—Aquí, en la isla de las Tortugas.

—¿Dónde cae eso?

—Cuatro esquinas más abajo. Según se va a Oceanía, a la derecha.

—Tirad «palante» —ordenó Garrapata.

—¡Un elefante! —gritó Carafoca.

Los marineros, asustados, corrieron a los cañones.

—¿Dónde está? —preguntó Garrapata.

—Ahí, en la sopa.

Garrapata miró en la sopa y no lo encontró.

—¡Será en la popa! ¡Ah, sí, ahí está! ¡Pero eso es una ballena, majadero!

—¿Qué velocidad llevamos?

—Tres leguas por hora.

—¡Sacad más leguas! —gritó Garrapata.

—Sacad la lengua —ordenó Carafoca.

Los marineros sacaron la lengua y Garrapata los metió en el calabozo por hacerle burla.

Al cabo de treinta días llegaron a la isla de las Tortugas. El *Salmonete* atracó en un pequeño puerto natural, abrigado

por grandes rocas.

—¿Bajamos a tierra?

—Sí. Preparad las armas.

Los marineros bien armados abandonaron el barco y llegaron a tierra en una barca que, luego, escondieron en la orilla. Subieron por una pendiente empinada, caminaron largo rato y, al final, llegaron a un valle lleno de una vegetación exuberante. A duras penas avanzaban entre los matorrales.

14. Piernas arriba - Piedras que andan - La cueva espeluznante - Una araña gigante - El tesoro

ANDUVIERON mucho tiempo de aquí para allá, explorando el terreno. Al salir de los matorrales, una voz gritó:

—¡Manos abajo!

Los hombres bajaron las manos.

—¡Piernas arriba!

Todos levantaron las piernas y se dieron un morrón en el suelo.

—¡Quietos, o disparo!

Pasaron dos horas y los marineros se cansaban de estar con las piernas para arriba.

—¿Quién será? —preguntó Garrapata asustado.

—Es un papagayo. ¿No lo ves en el árbol?

—¡Adelante, cobardes! —rugió Garrapata—. Sois una manada de imbéciles.

Los marineros llegaron junto al barco. Se sentaron en unas piedras y se dispusieron a comer.

—¡Estas piedras se mueven! —dijo Garrapata temblando.

—¡Es verdad! ¡Y se dirigen al mar!

—¿Será un terremoto?

Algunos marineros cayeron al agua.

—Estas piedras tienen patas —gritó Carafoca.

—¡Como que son tortugas! —exclamó Garrapata.

Los marineros salieron corriendo y se subieron a los árboles.

—¡Socorrooooo, tortugas! —chillaba Carafoca.

—¡Bajad, miedosos, que no pican! —ordenó Garrapata.

Los marineros subieron al barco unas cien y el chino hizo una buena sopa de tortuga. Garrapata preguntó al moro Mustafá:

—¿Sabes dónde está el tesoro?

—Debe de estar en una montaña con una chimenea.

—¿Lo dice el plano?

—Lo dice el plano y lo digo yo.

—En marcha —ordenó Garrapata.

Se formó una expedición. Primero iba Garrapata y detrás los demás.

Garrapata, cuando dio algunos pasos, se quedó solo. Miró para atrás y vio a los marineros arrastrándose pesadamente sobre el suelo.

—¿Qué pasa? —rugió Garrapata.

—Es el mal de la tortuga, señor —respondió el doctor Cuchareta andando a cuatro patas.

—¿Y por qué lo tienen?

—Porque se han atracado de sopa de tortuga.

—¿Y cómo se cura?

—A base de lechuga y perejil.

Garrapata no podía perder más tiempo. Ordenó coger varias tortugas y obligó a los marineros a subir sobre ellas. Los piratas cogieron unos látigos y azuzaron a los animales.

—¡Ponedlas al trote! —ordenó Garrapata.

—¡Rascarse el cogote! —repitió Carafoca.

Las tortugas se pusieron a trotar por la playa. A mediodía, Garrapata preguntó:

—¿Qué velocidad llevamos?

—Tres centímetros por hora.

—¿Y cuándo llegaremos al monte?

—Dentro de tres años.

—Bajad de las tortugas —rugió Garrapata.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chaparrete metiendo la cabeza en la camisa como si fuera una tortuga.

—Echarnos la siesta —aconsejó el doctor Cuchareta.

Los marineros obedecieron inmediatamente y se pusieron a roncar con un ruido espantoso. Se puso el sol, se puso la luna, salieron las estrellas, se pusieron los cometas y como si nada.

—¡Arriba, gandules! —exclamó Garrapata después de cuatro días.

La enfermedad se curó con cuatro latigazos.

—¡Adelante! —gritó el látigo de Garrapata.

La expedición se reanudó penosamente y la caravana llegó a las faldas de un monte.

—¡El monte! —gritó Garrapata.

Los piratas subieron en fila india. De pronto una lluvia de piedras y fuego empezó a caer por todas partes.

—¡Mirad, sale humo de la chimenea! —gritó Carafoca.

—¡Como que es un volcán! —dijo míster Cebollino.

—¡Sacad los paraguas! —ordenó Garrapata.

Los hombres abrieron los paraguas. Las piedras rebotaron en la tela. Al chino le cayó una en la cabeza y le hizo un chichón.

—Atrás —gritó una voz desde arriba.

—No hagáis caso, debe de ser otro papagayo —dijo Garrapata.

Los hombres siguieron su marcha. De pronto una gran piedra cayó rodando por el monte y dejó planchados a dos marineros.

—¡Caramba con el papagayo! —dijo Carafoca.

Un hombre con una larga barba apareció entonces, dio un salto y se metió por una cueva.

—¡La cueva del tesoro! —exclamó el moro.

—¡Hurraaa! —gritaron los marineros.

—¿Quién entra el primero?

—El más valiente —dijo Garrapata.

Los piratas empujaron al chino, que no quería entrar, y el chino, pataleando, desapareció en la caverna.

—¡Qué valiente es! —dijo Carafoca.

—¿Quién entra ahora?

—Todos a la vez.

Entraron todos y resbalaron por una pendiente muy escurridiza, que no se acababa nunca. Al fin cayeron en una sala grandísima.

—¿Se ha roto alguno algo?

—Sí, yo —dijo Carafoca llorando—; los pantalones.

—¡Encended las antorchas!

Era una gruta inmensa que no tenía salida. El suelo estaba lleno de huesos esparcidos y de calaveras.

—Nosotros nos vamos a casa —dijeron los piratas.

—No tengáis miedo, son huesos de aceituna —dijo Garrapata.

—¿Y esas calaveras? —preguntó Chaparrete.

—Son de mentira, no muerden.

El moro sacó el plano y gritó:

—¡Esta es la cueva de las arañas! ¡Aquí está el tesoro!

—¿Dónde? —gritaron los marineros.

—Debajo de esta piedra.

Entre todos los marineros empujaron la piedra y, después de muchos esfuerzos, la movieron un poco.

—¡Culebras! —gritaron los marineros horrorizados.

Miles de sapos y culebras salieron de debajo de la roca, sacando la lengua y escupiendo veneno.

El sastre sacó las tijeras y fue cortando una por una las cabezas de las serpientes. Después el moro señaló un lugar y dijo:

—Cavad aquí.

Los piratas empezaron a cavar e hicieron un agujero de cinco metros. El tesoro no aparecía. De pronto, Garrapata se quedó blanco.

—¿Dónde está Lechuguino? —preguntó.

—Hace un momento estaba aquí —contestó Chaparrete.

Lo buscaron por todas partes y no lo encontraron:

—¡Pobrecillo! ¡Tan joven como era!

Los marineros siguieron cavando y se pararon para limpiarse el sudor.

—¿Dónde está Chaparrete? —dijo Garrapata alarmado.

—Ha desaparecido también. Aquí están sus botas.

Los hombres guardaron las botas como recuerdo, regándolas con abundantes lágrimas. Luego siguieron cavando para quitarse el miedo.

—Debemos de estar llegando al centro de la tierra —dijo Garrapata.

Los marineros se sentaron a descansar.

—¡Atiza! ¿Dónde está Carafoca? —preguntó Carafoca asustado.

—¡Imbécil, si estás ahí!

—¡Qué miedo! Creí que no estaba.

De pronto el chino empezó a patalear y a subir por el aire.

—¡Socolo, que me voy!

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Cuando llegue os esclibilé.

Una enorme araña, más grande que un buey, había cogido con sus patazas al chino. El insecto subía por un hilo de seda tan grueso como una soga. Garrapata dio un salto y cogió al chino por la coleta. Pero la araña siguió subiendo, arrastrando a los dos hombres.

—¡Que se va Garrapata! —gritó el moro asiéndose al capitán por la pata de palo.

—¡Que se va el moro! —gritó un marinero agarrando al moro por una pierna.

Los demás marineros se fueron cogiendo unos a otros, pero la araña subía lentamente hacia el altísimo techo. Diez marineros colgaban dando gritos atroces. Cuchareta cogió un fusil y disparó a la cabeza de la araña. El animal abrió sus patas y soltó al chino. Los marineros cayeron al suelo dando tumbos. La araña se descolgó por el hilo lanzando chillidos y con los ojos llenos de fuego.

—¡Matadla! —rugió Garrapata.

Los marineros la mataron a palos.

—Seguid cavando —ordenó Garrapata.

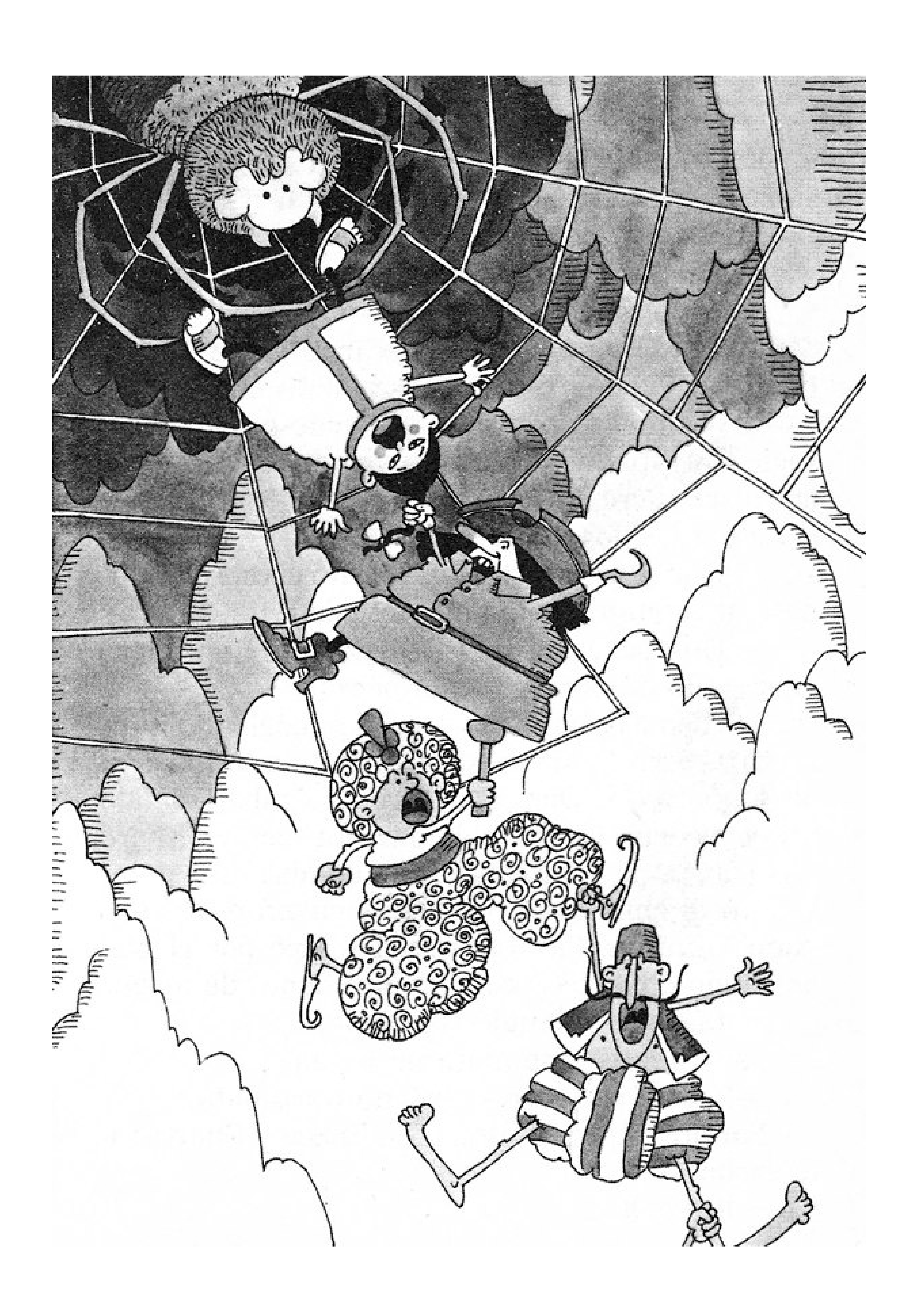
Por fin golpearon una cosa hueca y Chaparrete exclamó:

—¡Un cofre!

Los marineros lo sacaron del hoyo y se pusieron alrededor. Después de mucho trabajo, lograron abrir la tapa. Carafoca miró al interior y un puño, accionado por un resorte, le dio un puñetazo en las narices que le hizo rodar al agujero:

—¡Seguid cavando!

Los marineros picaron de mala gana y apareció otro cofre. Lo abrieron, y Carafoca salió de nuevo rodando por el suelo por efecto de otro puñetazo.



15. Pedruscos en el cofre - Al fondo del mar - Reparto del botín - Piratas de refresco - Robo del tesoro robado - El traidor Pistolete

—¡SEGUID cavando!

Apareció un tercer cofre y lo abrieron.

—¡Está lleno de pedruscos! —exclamaron todos llorando.

—¡Imbéciles! Son piedras preciosas —exclamó Garrapata.

—¿Cuánto valdrán? —dijo Carafoca.

—Mil millones de libras —dijo el moro.

—¡Somos ricos! —gritaron todos abrazándose llenos de alegría.

—Yo me compraré unos pantalones nuevos —dijo Carafoca.

—Y yo un sombrero de copa —dijo Chaparrete.

—Y yo unas babuchas de terciopelo —exclamó el moro.

—¡Vámonos! —ordenó Garrapata.

Los marineros cargaron el cofre. Por un lado de la caverna corría un río muy profundo.

—¡Mirad: lagartos! —exclamó Carafoca.

—¡Bobo, son caimanes! —dijo Garrapata.

—¿Y pican?

—Ponles el dedo en la boca y verás.

Los caimanes abrían una boca de dos metros y se relamían mirando al chino.

—Tienen hambre —dijo el chino tirándoles un cacahuete.

Los caimanes se liaron a dentelladas por coger el cacahuete.

—¡Qué angelitos! —dijo Carafoca.

Junto al río había unos troncos. Garrapata ordenó que cada uno se montara en un tronco, como en un caballo, y se echaron al río, dejándose llevar por la corriente.

Cada vez se veía más luz. De pronto, en un recodo del camino apareció una gran abertura por donde se veía el cielo. Un ruido enorme de agua que se despeñaba llenaba la caverna.

—¡Cuidado, una catarata! —gritó Garrapata.

—¿Y eso qué es? —preguntó Carafoca.

—Ahora lo verás.

El agua empezó a girar vertiginosamente, se acercaba el precipicio.

—¡Preparados para la caída! —gritó Garrapata.

Los marineros se agarraron bien a los troncos y se precipitaron al vacío. ¡Cataplum!, los veinte hombres volaron por el aire y cayeron al mar.

—¡Que me mojo! —gritó Carafoca en el fondo de las aguas.

—Encoge los pies —dijo Garrapata.

«Glu, glu, glu», los marineros asomaron las cabezas echando agua por narices y orejas.

—¿Estamos todos? —preguntó Garrapata.

—No; falta Carafoca.

Los marineros rezaron un padrenuestro por Carafoca.

—Descanse en paz —dijo Garrapata.

—Amén —respondió Carafoca, asomando a la superficie con su tronco.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, que he tenido una avería en el timón.

El grupo de piratas se dirigió hacia la playa en donde habían escondido la barca.

Los hombres, extenuados, se echaron a dormir sobre la arena. Garrapata y el moro abrieron el cofre e hicieron la cuenta.

—Tocamos a treinta millones y pico cada uno —dijo el moro.

—¿Cuánto pico? —preguntó Garrapata.

—Tres reales.

—Está bien, para tabaco.

—¿Y el cofre vacío?

—Para Comadreja.

—¡Barco a la vista! —gritó de repente Garrapata, temblando.

Un barco se acercaba a toda vela. Garrapata miró y se quedó blanco:

—¡Es una goleta pirata!

—Serán los dueños del tesoro —dijo el moro.

—¡Atiza, se dirigen al *Salmonete*!

La goleta había visto al *Salmonete* y se dirigía como una flecha hacia donde estaba anclado y vacío. Un rato después unos cañonazos indicaron que los piratas enemigos estaban destrozando el *Salmonete*.

—¡Canallas! Debían ahorcar a todos los piratas —dijo Chaparrete llorando.

—Esconded el tesoro en un hoyo —ordenó Garrapata.

Los piratas escondieron el cofre junto a un árbol.

—¡Subíos a los árboles! —ordenó Garrapata.

Pasó una hora y la goleta fondeó junto a la montaña de la cueva. Unos terribles cañonazos barrieron la playa.

—A ver si terminan de barrer —refunfuñó Carafoca sacudiéndose el polvo.

Los nuevos piratas bajaron dando alaridos e invadieron la playa. Se dirigieron luego a la gruta y desaparecieron.

—Habrá que ver cuando salgan.

—Sí, habrá que taparse los oídos.

A los cinco minutos se oyeron unos gritos horribles.

—Ya salen —dijo Carafoca.

Los piratas de la goleta salieron dando saltos y aullando ferozmente.

—¡Cuidado! ¡Que muerden! —dijo Garrapata.

Uno, sobre todo, era el más terrible; era muy feo y daba mordiscos a los árboles.

—¡Atiza, si es Pistolete! —dijo Garrapata.

Pistolete, vestido de pirata, saltaba furioso por las peñas. Los piratas rechinaban los dientes y se tiraban de cabeza contra el suelo.

—Deben celebrar alguna fiesta —dijo Carafoca.

—¿Hay alguien en la isla? —rugió Pistolete.

—¡No! —dijo Carafoca.

Garrapata le dio un codazo. Los piratas enemigos miraron a los árboles.

—Los árboles están llenos de monos —dijo Pistolete.

—El mono lo serás tú —gritó Carafoca, disparando su trabuco.

—¡Cuidado, los monos están armados! —exclamó Pistolete.

Los «goleteros» se refugiaron en la montaña. Desde allí echaban a rodar enormes piedras que se llevaban los árboles por delante. Algunos hombres de Garrapata cayeron malheridos.

—¿Cuántos son ellos? —preguntó Garrapata.

—Unos cuarenta y cinco —dijo Calabacín.

—¿Y nosotros?

—Sólo veinte.

—Nos asarán a pedradas.

En ese preciso instante el volcán, que era intermitente, entró de nuevo en erupción.

Una masa de fuego y piedras salió por la chimenea.

—¡Que nos tostamos! —gritaron los «goleteros».

—Todos a los botes —ordenó Pistolete.

Los «goleteros», con la cabeza chamuscada, corrieron a los botes y, rema que te rema, se fueron a su barco, el *Pepinillo*.

—¡Cochinos! —gritó Garrapata.

—¡Cerdos! —vociferó Pistolete desde su lancha.

En esto se oyeron unos gritos:

—¡Socolo, socolo!

El chino estaba colgado por la coleta en una rama de un árbol.

—¿Y el tesoro? —rugió Garrapata.

—Se lo han llevado.

—¿Quién?

—Comadleja me ató al álbol y avisó a Pistolete.

—¡Maldición! ¡A por ellos!

Los piratas corrieron hacia su lancha, que seguía escondida. Era ya casi de noche. Allá en la goleta sonaban risas y carcajadas.

El vino y la gaseosa corrían a raudales.

—Remad despacio y en silencio —ordenó Garrapata.

La barca avanzó silenciosamente en la oscuridad. Chaparrete encendió una cerilla y Garrapata gritó:

—¿Qué haces, majadero?

—Es que se me han perdido cinco céntimos.

—¡Idiota, apaga la cerilla! ¡Todavía si fueran diez…!

La barca llegó junto al costado de la goleta.

—No respiréis siquiera —ordenó Garrapata en voz baja.

Pasaron algunos minutos y los marineros empezaron a caer con la cara amoratada.

—¿Qué pasa?

—Que se están asfixiando por no respirar —dijo Cuchareta.

—Imbéciles, respirad fuerte.

Carafoca respiró fuerte y dio un estornudo que casi hizo zozobrar a la goleta.

—¡Subamos!

Los marineros lanzaron unas cuerdas con ganchos y subieron a la cubierta. Montones de piratas estaban tirados por los rincones, durmiendo la mona. Grandes cubas de gaseosa y limonada rodaban por el suelo.

—¡Buenas noches! —dijo la armadura.

—¡Anda, un hombre en conserva! —dijeron los de la goleta restregándose los ojos.

Garrapata y sus marineros asomaron por un ventanillo y vieron a Pistolete y a su compinche, sir Almohadilla. Tenían piedras encima de una mesa y se las repartían. Pistolete decía:

—Una para mí y otra para ti. Dos para mí y ninguna para ti.

De cuando en cuando se liaban a tortazos por culpa de las piedras. Por fin acabaron de repartírselas y subieron a cubierta. Garrapata y los «garrapateros» se escondieron detrás de unas cubas. Pistolete y Almohadilla se remangaron y empezaron a tirar por la borda a sus marineros borrachos.

—Así no pedirán nada —dijo Pistolete.

—Es verdad, los muertos no hablan —respondió Almohadilla.

Pistolete los cogía por los pies y Almohadilla por los brazos. Siempre decían lo mismo:

—Uno por aquí, otro por allí.

—Uno por acá, otro por allá.

16. Garrapata contra Pistolete - Nuevo desmayo - «Salmonete II» - El almirante Nelson - La batalla naval de la isla de las Tortugas - ¡Quemad los colchones! - La explosión

CUANDO terminaron se sacudieron las manos. Pistolete dio un empujón a sir Almohadilla y lo tiró por la borda, diciendo:

—Tú por allí, yo por aquí.

Pistolete se secó el sudor, dio un brinco y gritó:

—Al fin, solo.

—Buenas noches —dijo Garrapata.

Pistolete dio otro brinco del susto y sacó su espada. Una batalla terrible se originó entre los dos piratas. Los aceros echaban chispas. Pronto se pusieron al rojo vivo de tantos golpes. Algunos mandobles cortaban las cuerdas del barco y las velas caían sobre cubierta. Un golpe de Garrapata por poco corta el palo mayor. Al final tiraron las espadas y lucharon a puñetazos.

—Uno por aquí —rugió Garrapata.

—Otro por allí —contestó Pistolete.

Garrapata quedó tendido en el suelo. Un ventanillo se abrió y asomó la cabeza de Floripondia, que lanzó un grito desgarrador:

—¡Garrapata, no te mueras!

Garrapata dio un salto, embistió con la cabeza a la tripa de Pistolete y lo metió en una cuba vacía. La cuba rodó y cayó por la borda.

—¡Bote al agua! —gritó Garrapata.

—¡Hurra! —gritaron los marineros de Garrapata, levantando en hombros a su capitán.

Este corrió al camarote de Floripondia y la abrazó con ternura. Floripondia cayó desmayada.

—¡Qué raro! ¡Se ha desmayado!

Garrapata mandó lanzar las cubas vacías al agua, y los goleteros se subieron en ellas y huyeron a la isla.

—¡Soltad el freno! —ordenó Garrapata.

La goleta echó a andar. Garrapata mandó pintar en la popa el nombre del barco.

—¿Cómo lo llamaremos?

—*Salmonete II*.

—¡Hurra! —gritaron los marineros.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó un marinero.

—A Inglaterra —contestó Garrapata.

—Pero nos cortarán la cabeza a todos por piratas…

—Entonces tendremos que seguir dando vueltas al mundo —dijo Garrapata.

—Pues nos vamos a marear.

—¡Escuadra a la vista! —gritó Calabacín.

Garrapata miró por su anteojo y se quedó blanco.

—Es el almirante Nelson con dos barcos más.

—¡Huyamos! —gritaron los marineros.

—Si nos coge, nos ahorca —dijo Carafoca.

—¡Por las barbas de Alí Baba! —gritó Garrapata—. Diez barcos franceses van a atacarle.

—Huyamos más deprisa —gritaron los marineros.

—Cobardes, hay que ayudarle. ¿No sois ingleses?

—Sí, capitán.

—¡Pues a ayudar a Inglaterra! Nos cubriremos de gloria.

—¡Hurra!

La batalla había comenzado. Los barcos franceses rodeaban a los tres ingleses. Los cañones retumbaban. Era una batalla feroz. Los ingleses no podían con tantos enemigos.

El *Salmonete II* se lanzó a toda vela en dirección a los barcos franceses. El almirante Rabanet, jefe de los franceses, gritó:

—¡Cuidado, que viene otro!

El *Salmonete II* embistió a un bergantín francés y lo partió por la mitad.

—¡Cuatrocientos grados a babor! —rugió Garrapata.

El barco empezó a girar vertiginosamente, con aquella «táctica del molinillo» que en el siglo XVIII hizo célebre a Garrapata en el mundo entero.

—¡Polvorones al por mayor! —gritó Garrapata.

Un círculo de fuego rodeó a la goleta pirata.

—¡Cuidado, que nos dais a nosotros! —gritó el almirante Nelson con el sombrero agujereado.

—Perdón, mi almirante. ¡Echaré el freno!

El *Salmonete II* se paró en seco. Los navíos franceses, repuestos del susto, atacaron con todas sus fuerzas. El navío corsario tenía al lado dos barcos que lo asaban a tiros. Uno a babor, otro a estribor. Garrapata ordenó:

—¡Quemad los colchones!

—¿Y dónde dormimos?

—¡Imbéciles! ¡Quemad los colchones!

Los marineros quemaron los colchones y un humo terrible llenó el aire. Amparado por la humareda, el *Salmonete II* se quitó de en medio. Los dos barcos franceses siguieron

disparando a través del humo y se echaron a pique el uno al otro.

—¡Y van tres! —dijo Garrapata.

La batalla era cada vez más terrible. Los franceses eran valientes y querían derrotar al famoso Nelson y al feroz Garrapata, terror de los siete mares. Una enorme fragata francesa estaba desarbolando al *Chesterfield*, donde iba el almirante Nelson. Este se defendía con su habitual pericia, pero no podía con tres barcos franceses a la vez.

—¡Allá voy! —dijo Garrapata tomando carrerilla.

—¡Al abordaje!

Los marineros «garrapateros» echaron los garfios y subieron al bergantín enemigo. Los franceses se defendían bien con sus espadas.

Ya iban a huir los garrapateros, cuando aparecieron dos pájaros voladores. Eran dos fantasmas supervivientes que habían seguido a los piratas revoloteando por el aire.

—¡Animales de trapo a babor! —chilló asustado Rabanet.

Los franceses empezaron a tirar del bigote a los fantasmas. De pronto, éstos empezaron a repartir bolazos y tiraron patas arriba a diez soldados. Fue entonces cuando Garrapata se acordó de la armadura. Fue por ella, le dio cuerda, y el hombre en conserva comenzó a repartir leña a diestro y siniestro. ¡Qué manera de sacudir estopa!

Unos marineros saltaron por el aire y quedaron colgados en los juanetes. Un cañón fue a parar al barco del almirante Nelson. A un marinero que tenía dolor de muelas, los fantasmas le saltaron todas de un bolazo.

Mientras tanto, Carafoca entró en la santabárbara y puso una cerilla encima de los barriles de pólvora. Salió luego, cerró la puerta y se sentó en un barril sobre la cubierta para ver la batalla, mientras comía unos cacahuetes.

—¡Vaya susto que se van a dar!

—¿Qué pasa? —preguntó Garrapata.

—Nada, que he puesto una cerilla en el polvorín.

—¡Buena idea! ¿Me das un cacahuete?

De pronto, Garrapata dio un brinco y saltó al *Salmonete II*.

—¡Tonto el último! —gritó.

Los piratas, la armadura y los fantasmas dieron un salto y se lanzaron de cabeza a su querida goleta salmonetera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carafoca sentado en su barril.

—Imbécil, salta —rugió Garrapata.

Carafoca dio un brinco. Nada más dar el brinco, el bergantín francés voló hecho pedazos.

El barco se hundió y el almirante Rabanet lloraba nadando entre las olas. Garrapata le consoló y le dio el pésame.

El *Salmonete II* no paraba de lanzar andanadas.

¡Pumba! Chaparrete disparó y otro barco francés se fue a pique. La goleta maniobró y se colocó detrás de otro buque francés que hostigaba al almirante Nelson. ¡Pumba! Dos cañonazos, y el barco se fue a pique.

—¡Y van seis! —gritó Carafoca.

El almirante Nelson estaba con la boca abierta observando los movimientos del *Salmonete II*.

De pronto un barco se echó encima para cortar al *Salmonete II* por la mitad. Chaparrete dio un golpe de timón y una terrible embestida de popa del navío corsario convirtió al barco francés en astillas. Los pocos buques franceses que quedaban huyeron a todo trapo.

17. La victoria - Pena de muerte - Nuevo desmayo - Londres - Adoquines en el cofre - Otra vez el «Salmonete I» - Lucha de Salmonetes - Rumbo a África - ¡Que se acaba el cuento! - ¡Que no se acaba! - Se acabó - Hasta la vista - Fin

—¡HURRA! —gritaron todos los soldados ingleses.

El almirante Nelson mandó llamar a los piratas a su barco.

—Limpiaros los zapatos —ordenó Garrapata, nervioso.

—No tenemos zapatos.

—Lavaros las manos.

—No tenemos jabón.

—Peinaros esos pelajos.

—¿Para qué? Nos van a cortar la cabeza.

Los piratas se presentaron en el barco llenos de miedo. El almirante salió de su camarote, abrazó a Garrapata y dijo a sus soldados:

—Preparad el cuchillo.

—Nos van a cortar la cabeza —dijo Carafoca sudando.

—Preparad el pescuezo —rugió el almirante.

Los piratas se pusieron de rodillas y prepararon el pescuezo.

—¡Matadlos!

Los piratas cerraron los ojos y rezaron un padrenuestro. Unos mugidos lastimeros llenaron el barco.

—¡A la caldera, con tomate! —ordenó el almirante Nelson.

Los piratas se levantaron y se dirigieron a la caldera. Garrapata dio un bofetón a Carafoca y gritó:

—¿Dónde vais, imbéciles?

—A la caldera. Nos han mandado a la caldera.

—Pero no es a vosotros.

—Entonces, ¿a quién?

—A esos terneros que acaban de matar.

La alegría fue general. El banquete fue suculento y el almirante brindó con Garrapata por aquella resonante victoria.

—Señor, somos unos piratas —dijo Garrapata.

—Pero habéis sido buenos. Si delvolvéis el oro, Inglaterra os perdonará.

—¿Lo devolvemos? —preguntó Garrapata.

—Sí —contestaron los piratas.

—¡Rumbo a Inglaterra! —ordenó el almirante.

—¡Doscientos grados a babor! —grito Garrapata.

Con un tiempo magnífico llegó la pequeña flota a Londres. El puerto estaba abarrotado de gente y lleno de banderas. Al divisar a la ballena y al *Salmonete II*, el gentío prorrumpió en vítores y aplausos.

—¡Viva Garrapata! —gritaban.

—¡Viva! —respondía Garrapata emocionado.

Tan emocionado iba que el *Salmonete* fue a estrellarse contra el muelle.

—¡Echad el freno! —gritó Garrapata.

Cuando aparecieron en cubierta la armadura y los dos fantasmas y empezaron a repartir caramelos, el entusiasmo de la muchedumbre fue indescriptible. En esto, Pescadilla subió a cubierta rodeado de generales. Floripondia se echó a sus brazos, llorando:

—¡Padre mío!

—¡Floripondia, hija mía!

Pescadilla abrazó luego a Garrapata y dijo:

—Sois todo un caballero. ¿Queréis casaros con mi hija?

—Con mil amores. ¡Si ella quisiera…!

Garrapata se acercó, colorado como un pimiento, a la joven:

—¿Queréis casaros conmigo?

Floripondia cayó desmayada por la emoción en los brazos de su padre. Al día siguiente todos los marineros fueron con el cofre al Banco de Londres.

—Vamos a devolverlo —dijo Garrapata.

—¡Cuánto pesa! —decían los marineros.

El dueño del Banco salió a recibirlos. Garrapata abrió los siete candados del cofre y levantó la tapadera.

—¡Bah! ¡Si son adoquines! —dijo el dueño del Banco.

—¡Maldición! ¡Alguien los ha cambiado! —gritó Garrapata.

—Ha sido Comadreja. ¿Dónde está Comadreja? —dijo Carafoca.

—Yo le vi merodear por el puerto —dijo el doctor Cuchareta.

—¡Corramos al puerto! —ordenó Garrapata.

Los piratas corrieron al puerto, atropellando a la gente. Un barco levaba anclas y largaba velas. Garrapata exclamó:

—¡Atiza! ¡Es el *Salmonete I*! ¿Quién lo habrá traído?

—Yo —dijo Pistolete asomando por la borda—. Lo saqué del agua, le eché cuatro parches y aquí estoy, majaderos.

—¡No te escaparás! —rugió Garrapata.

—¡Ja, ja! Me llevo el tesoro y a Floripondia.

—¡A por él! —ordenó Garrapata, subiendo en el *Salmonete II*—. ¡Levad anclas!

Los piratas levaron anclas y, catapúm, el barco se fue a pique, porque Comadreja le había hecho un agujero en el fondo.

—¡Imbéciles! —chilló Comadreja, muerto de risa.

La hermosa Floripondia cayó desmayada en brazos de Comadreja.

—¡Rumbo a África! —ordenó Pistolete.

El pobre Garrapata, agarrado a un madero, se estaba ahogando, pues no sabía nadar.

—¡Socorro! ¡Un bote! ¡Echadme un bote!

Comadreja le tiró un bote de tomate a la cabeza y le hizo un chichón. Carafoca se tiró para salvar a su capitán y empezó a hundirse él también.

—¡Atiza, si yo tampoco sé nadar! —dijo Carafoca.

Al fin, el chino les echó la coleta y los sacó del agua. El *Salmonete I* salía del puerto.

—¡Rumbo a África! —ordenó Pistolete.

Los garrapateros crujieron los dientes, sacaron sus cuchillos y dijeron:

—Esto no puede quedar así. Los seguiremos al final del mundo.

—Lo malo es que el cuento se está acabando —dijo Carafoca alarmado.

—¡Corramos a buscar al autor!

Los piratas corrieron por la última página a la taberna del Sapo. El autor escribía sus últimas líneas. Garrapata sacó su pistola y gritó:

—Siga escribiendo o le aso.

—No puedo. No tengo tinta —dijo el autor temblando.

—¡Adiós nuestro tesoro! —dijeron los piratas tirándose de los pelos—. Nos cortarán la cabeza.

—¡Pobre Floripondia! —gimió Garrapata llorando en un rincón.

El autor, conmovido, se levantó y dijo:

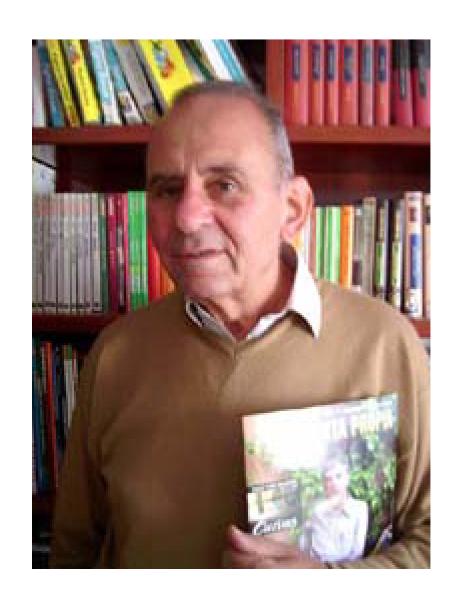
—No os preocupéis. Buscaremos el tesoro y a la bella Floripondia en el próximo cuento.

—¡Hurra! —gritaron los piratas entusiasmados.

—Tabernero. Dos jarras de tinto para cada uno —gritó Garrapata—. Y una jarra de tinta para el autor.







JUAN MUÑOZ MARTÍN (Madrid, 13 de mayo de 1929). Juan Muñoz Martín es un escritor español de literatura infantil. De su obra, destaca la serie protagonizadas por Fray Perico y su borrico, por cuya primera obra obtuvo el premio El Barco de Vapor, y la protagonizada por El pirata Garrapata, un incansable viajero. Entre los premios más importantes que ha conseguido Juan Muñoz destacan el Premio Doncel de cuento infantil 1966 por Las tres piedras; el Premio Barco de Vapor 1979 por Fray Perico y su borrico; el Tercer Premio Gran Angular de novela juvenil 1984 por El hombre mecánico; el Segundo Accésit de cuento corto Nueva Acrópolis 1984 por Algún día seré; y el Primer Premio Complutense Cervantes chico de Literatura Infantil y Juvenil 1992 como el escritor más leído por los niños.